DANIEL GUÉRIN

KINSEY
Y
LA SEXUALIDAD

EDICIONES LEVIATÁN
BUENOS AIRES

Título del original francés
KINSEY ET LA SEXUALITÉ

Traducción por
Dr. AMNÓN ISSACHAROFF

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Copyright by EDICIONES LEVIATÁN
IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

A la memoria de mi padre,

MARCEL GUÉRIN,

que antaño, se vió reprochado
(por una madre demasiado vigilante)
de leer Haveloch Ellis sin ocultarse de sus hijos...

I

Introducción

Es quizás demasiado tarde, o quizá demasiado pronto, para consagrar un estudio a los dos primeros volúmenes de la vasta encuesta sobre la sexualidad norteamericana conocida con el nombre de "Informe Kinsey". [1] Muy tarde, dado que la prensa sensacionalista ha hecho todo el alboroto posible sobre esta obra y ha vulgarizado complacientemente ciertos datos estadísticos (que, por otra parte, no son siempre su parte más interesante); muy pronto, pues la tarea está lejos de haber sido terminada. Los dos volúmenes ya aparecidos serán seguidos, en efecto, según se anuncia, por un cierto número de otros. [2] Y habién-

[1] *Sexual behavior in the human male* ("Comportamiento sexual del hombre"), ha aparecido en los Estados Unidos, en 1948 y, en francés (Editions du Pavois), en el mismo año. La traducción no es muy pulcra y hay en ella una cierta cantidad de errores. *Sexual behavior in the human female* ("Comportamiento sexual de la mujer") ha aparecido, en los Estados Unidos, en 1953 y, en francés (Editions Amiot-Dumont), en octubre de 1954.

[2] Los autores no han abordado aún el comportamiento sexual de los negros norteamericanos, y consideran la posibilidad de estudiar,

dose ya modificado algo el pensamiento de su autor (o de sus autores)[3] del volumen I al volumen II,[4] no es imposible prever que pueda ser susceptible de evolucionar aún. Pero desde ya podemos afirmar que nos encontramos en presencia de una de las publicaciones más importantes de nuestro tiempo y que no tenemos el derecho de postergar una reflexión sobre ella.

Sus acólitos presentan a Kinsey como un segundo Cristóbal Colón, que habría abierto un nuevo mundo a los hombres, y a su obra como la más explosiva que fuese publicada desde el *Origen de las especies* de Darwin. Otros no hesitan en colocarla en el mismo lugar que la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith y *El capital* de Carlos Marx. Según ellos, Kinsey habría proyectado sobre la sexualidad una luz tal, que antes de su intervención nada sabíamos de ella y avanzábamos a tanteos en las tinieblas.

---

además, los elementos sexuales en la adaptación conyugal, los aspectos legales del comportamiento sexual, el equilibrio heter-homosexual, el equilibrio sexual entre los internados en prisiones y reformatorios, la prostitución, la educación sexual, etc.

[3] Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martin, Paul H. Gebhard.

[4] Ver, por ejemplo, las págs. 152-154. El segundo volumen está mejor redactado, con un estilo más culto y de mayor profundidad que el primero. Y su fuerza explosiva es muy superior, dado que, aventurándose en el camino abierto por Simone de Beauvoir, ataca los tabúes específicos que, después de milenios, esclavizan al "segundo sexo". Sin embargo, su éxito de librería ha sido, en los Estados Unidos, mucho menor que el del primer volumen.

Por el contrario, sus adversarios puritanos, tocados por los duros golpes que Kinsey les lanza, han volcado sobre la cabeza del honesto sabio torrentes de injurias e imprecaciones, en cuya consideración no perderemos nuestro tiempo.

Los psicoanalistas, por su parte, han recelado de este intruso, de este profano, que de pronto, y no sin una cierta agresividad, invade el dominio que ellos consideraban como su coto vedado.

En cuanto a los burlones y a los escépticos, a los asnos que se imaginan que es suficiente haber tenido una experiencia para comprender el amor, se han encogido de hombros con gestos despectivos. Uno de ellos incluso ha consagrado a Kinsey una comedia de una trágica indigencia, en cuyo prefacio nuestro sabio es tratado de grosero y de pobre diablo, acusado de querer "poner el amor en línea", para concluir en una profesión de fe francesa y chovinista donde expresa que "el país de Rabelais y de La Fontaine no está todavía maduro para el kinsysmo". [5]

[5] Jean Bernard-Luc, *La Feuille de vigne*, comedia en 3 actos, puesta en escena y editada en París en 1952. Habiendo tenido oportunidad de escribir en el semanario *France-Observateur* (23 de septiembre, 7, 22 y 29 de octubre y 4 de noviembre de 1954) una serie de artículos acerca de las "paradojas sobre la literatura", en las cuales asumía la defensa de las obras científicas que gozan menos del favor del público que las inspiradas en una preocupación puramente estética, me apenaba ver que algunos corresponsales se mostraban muy poco comprensivos y muy injustos respecto al Informe Kinsey. Uno de ellos me ha escrito: "Los trabajos de Kinsey y sus colegas sólo ofrecen interés al que sueña en organizar la humanidad tomando por modelo un moderno gallinero o criadero de puercos". La mayor parte de ellos sólo han querido ver en el clamoroso éxito

Una de las críticas menos frágiles que se han lanzado contra Kinsey afirma que los sondeos de la opinión pública, las estadísticas, los porcentajes, los promedios, no son suficientes para explicar la sexualidad, y que nuestro autor no sería más que "el Gallup del amor". Pero esta crítica es sólo parcialmente válida. En primer lugar, los datos cuantitativos son precisamente los que más escaseaban en los trabajos anteriores consagrados a la sexualidad. Los literatos, en primer término, en el curso de los siglos, y, mucho más recientemente, los sabios, habían estudiado el amor más o menos en profundidad. Pero nadie había podido precisar, con pruebas en la mano, en qué medida era frecuente tal o cual comportamiento sexual. La encuesta de Kinsey, desde este punto de vista, llena una inmensa laguna. E incluso si se albergan dudas sobre los métodos por él empleados para obtener las cifras que nos propone, aún si debieran realizarse correcciones, estas cifras son mucho más instructivas que la ausencia casi total de datos estadísticos que afectaba, antes de Kinsey, el

---

del Informe el triunfo del escándalo. Tuve igualmente la tristeza de ver compartir este punto de vista a uno de nuestros más eminentes maestros del foro quien, consultado por mí, me respondió que el Informe le daba la impresión de ser una empresa publicitaria de una editorial que aprovechaba una pretendida investigación científica para publicar observaciones que no habrían sido toleradas probablemente de haber sido presentadas como el resultado de la imaginación. Por último, una corresponsal, asistente de psicología, tuvo la bondad de ponerme en guardia. Mi "entusiasmo" por Kinsey le "parece apasionado". Y ella teme que me "embarque con demasiado ímpetu en un terreno" en el que arriesgo "comprometer el crédito" que tendría, me asegura, entre mis lectores.

conocimiento de la sexualidad. Por otra parte, los porcentajes y los promedios del Informe no podrían tener un alcance universal. Los "culturalistas" americanos (Frank Boas, Ruth Benedict, Margaret Mead, etc.) nos han confirmado, en nuestros días, con la ayuda de una cantidad de datos nuevos obtenidos en el estudio, hecho sobre el terreno, de las últimas sociedades primitivas existentes, que el hombre es ante todo producto del medio que lo rodea. A pesar de que esta afirmación está lejos de ser original, no deja de ser útil volver a ponernos en guardia contra la tendencia a fabricar un hombre abstracto, rigurosamente idéntico a sí mismo a través de los siglos y a través del mundo, y que se nos recuerde que cada civilización, cada cultura, tiene sus comportamientos propios. [6] Kinsey ha tomado en cuenta (un poco tarde) esta lección y, en su volumen II, se decide a precisar que no estudia la sexualidad del "hombre" o de la "mujer" en general, sino del hombre norteamericano blanco y de la mujer norteamericana blanca de nuestro tiempo.

Ciertos rasgos descriptos por nuestro autor son más específicamente norteamericanos y ciertos com-

[6] Sin embargo, los "culturalistas", bajo la influencia del pragmatismo y del relativismo norteamericanos, caen en el exceso opuesto al que denuncian y menosprecian un poco en demasía los rasgos permanentes y universales de la evolución humana, que constituyen el otro polo de la *contradicción dialéctica*. El *aforismo* de Pascal, "hasta aquí verdad, más allá mentira", los satisface plenamente. De tal forma llegan a rechazar en su totalidad las audaces hipótesis de Lewis Morgan sobre el origen de la sociedad, las que, sin embargo, no han caducado totalmente.

portamientos más (o menos) definidos en los Estados Unidos que en otra parte. Pero, sin perder de vista esta restricción, las observaciones y las estadísticas de Kinsey tienen, en una medida bastante amplia, un valor universal y nos ayudan a comprender la sexualidad humana, si no en su generalidad, al menos en las sociedades basadas en el patriarcado y de filiación espiritual judeo-cristiana, independientemente del medio y de la época.

Los que creen desacreditar a Kinsey presentándolo como el "Gallup" del amor son injustos también bajo otro aspecto. Según ellos, el Informe está compuesto únicamente de datos estadísticos. Esto no es exacto. Kinsey se refiere a la zoología, la biología, la antropología, la psicología, la sociología, y sus dos volúmenes abundan (el segundo más que el primero) en hechos no cuantitativos que conciernen al reino animal, la anatomía, la prehistoria, el psicoanálisis, la sociedad. Por otra parte, trata de *interpretar* estos hechos, con más o menos éxito según el caso, pero casi siempre con una seriedad y una perspicacia que hacen de su trabajo una obra densa y rica.

Si bien proclama (con loable modestia) su intención de proporcionarnos simple materia prima sobre la sexualidad, en base a la cual podremos teorizar a nuestro antojo, en realidad va más lejos. Nos ofrece el esbozo de una teoría nueva de la sexualidad. Me propongo examinar aquí esta nueva teoría, más que sus revelaciones estadísticas. Para hacerlo, me ha sido necesario ante todo reconstituirla, agrupar sus diferentes

fragmentos en un orden lógico. Pues la lógica y el sentido de la composición no son, desgraciadamente, las cualidades dominantes en Kinsey. El plan de su obra es *insípido*. Las repeticiones se multiplican de una frase a otra, de un capítulo a otro, de volumen a volumen. La redacción es lenta y monótona, el estilo deplorablemente chato. Las ideas rectoras son difíciles de extraer de una jerga fastidiosa. Pero la quintaesencia de su obra, una vez que se ha logrado extraerla, es verdaderamente apasionante y, en una medida bastante amplia, *revolucionaria*. Kinsey ha inferido al puritanismo o, para hablar en el lenguaje del sexólogo francés René Guyon, [7] al "terrorismo antisexual", un golpe que no dejará de estremecerlo.

Para los oprimidos de toda clase por el sexo (los que, según Kinsey nos confirma, constituyen una legión), el Informe es un mensaje de liberación. El viejo Gide, que había abierto el camino con su profético *Corydon*, leyó, según se dice, el primer tomo del Informe con una turbada atención.[8] Para los que, más

[7] *Les Études d'éthique sexuelle* de René Guyon, de los cuales han aparecido seis volúmenes (editados por cuenta del autor con un tiraje de 200 ejemplares). Los tres últimos volúmenes no han podido aparecer todavía por falta de editor. Por increíble que pueda parecer, estos trabajos son casi desconocidos por el público francés. En Estados Unidos, por el contrario, ha sido un éxito la traducción inglesa de los dos primeros volúmenes.

[8] Pr. Jean Delay, "Dernières années", *Hommage à André Gide, Nouvelle Revue Française*, noviembre 1951, ps. 363-364. Este mismo profesor no estaba inspirado cuando escribió que se debía a una especie de aberración el que Gide considerara su *Corydon* como el más importante de sus libros. Otro médico, el doctor Henri Planche, se cree en el deber, también, de ridiculizar la importancia que Gide atribuía a *Corydon*, una obra, según él, "mediocre" y "caduca" (*Le*

o menos satisfechos de su propia vida sexual, o más o menos desprovistos de impulsos sexuales, o más o menos acaparados por problemas que para ellos son más urgentes, y que no se preocupan del tema abordado por Kinsey, el Informe constituye también un acontecimiento. Les revela que la sexualidad es una fuerza admirable y polimorfa, y que su represión ocasiona estragos y sufrimientos tan intolerables como los que resultan de otra forma de opresión del hombre por el hombre. Antes de haber leído el Informe, un socialista o un comunista impaciente de poner fin a la sociedad de clases y a la explotación económica, podía, con Lenin, considerar la "cuestión sexual" como secundaria, o como un simple apéndice de una lucha que debe desarrollarse primordialmente en el plano social.[9] Desde la publicación del Informe, no es posible mantener dicha actitud. A pesar de que Kinsey no va más allá que de un cierto reformismo liberal y que maneja con un tacto singular las fuerzas que componen el puritanismo, su obra contiene implícitamente conclusiones que él no se atreve deducir y que nosotros estamos en la obligación de hacerlo; nos incita involuntariamente a proseguir en forma conjunta la revolución social y la revolución

---

Problème de Gide, 1952, ps. 87, 101). Es lamentable por fin, leer a André Bazin (*L'Observateur* del 13 de marzo de 1952) cuando dice que, en la obra de André Gide, "lo importante no es *Corydon*, sino los *Alimentos Terrestres*, "pues", pretende este esteta, "la homosexualidad no nos interesa por sí misma, sino solamente porque ella representaba el placer en la vida moral de Gide".

[9] Cf. *La Femme et le communisme*, 1950, p. 197-220.

sexual, hasta la emancipación completa, en los dos planos, del ser humano aplastado todavía hoy por el doble fardo de un dragón de dos cabezas: el capitalismo y el puritanismo.[10]

*

Antes de reconstruir y de discutir el bosquejo de teoría de la sexualidad que nos propone Kinsey, es conveniente indicar que el autor, contrariamente a Cristóbal Colón, no ha abordado, para hablar con propiedad, una *tierra incógnita*, y que antes de su entrada en escena nosotros no estábamos totalmente sumergidos en las tinieblas y que su obra debe mucho a sus predecesores en la ciencia sexual.

Kinsey no pudo condonarse esta deuda. En la introducción a su primer tomo, consiente en enumerar las obras de Havelock Ellis, Freud, Stekel, Hirschfeld, Krafft-Ebing, Mantegazza, Marcuse, Moll, Bloch, etc., y escribe que, desde diversos ángulos, estas obras han constituído importantes contribuciones al examen de los problemas sexuales. Es más fácil hoy, dice, emprender una encuesta sobre el problema sexual gracias a la influencia de estos primeros trabajos.

[10] El doctor Henri Planche (op. cit., p. 106) tiene razón cuando destaca que los sufrimientos engendrados por el conflicto entre su homosexualidad y el puritanismo han dado por resultado que Gide se colocara del lado de los vencidos, los condenados, los perseguidos en todos los órdenes y, sobre todo, lo han llevado a interesarse "en los proletarios de todos los países que buscan evadirse por medio de una revolución de un mundo inhumano".

Fué Ashley Montagu, y no Kinsey, quien, en un estudio consagrado al Informe, [11] recordó que exactamente cincuenta años antes de la publicación del tomo I había aparecido en inglés el primero de la larga serie de *Estudios de la psicología sexual* de Havelock Ellis.[12] Esta vasta compilación hizo época. Modificó substancialmente el enfoque de varias generaciones sobre este problema, proyectando luz sobre una materia hasta entonces considerada como tabú, y que una persona "decente" debía ignorar. Kinsey hace frecuentes referencias a Ellis cuya obra considera "monumental" y cita en numerosas oportunidades.

El mismo homenaje, en los mismos términos, rinde a la obra de Freud. Pero, a decir verdad, se limita a una muy leve inclinación de cabeza. Visiblemente, el orgulloso norteamericano prefiere no insistir sobre lo que le debe al vienés, y es el psicoanalista Erich Fromm, en el estudio que ha dedicado al Informe, quien recuerda, en lugar de Kinsey, que la teoría de la sexualidad de Freud, cuyas primeras manifestaciones se remontan a comienzos del siglo, fué un desafío lanzado a una generación que había conservado una fe inquebrantable en los tabúes sexuales de la era victoriana. Fué Freud quien, el primero, demostró que la estigmatización de la sexualidad da por resultado sentimientos de culpabilidad, generadores de neuro-

[11] *About the Kinsey Report*, compilación colectiva, New-York, 1948, p. 61-62.

[12] Traducción francesa en diecisiete volúmenes (*Mercure de France*).

sis.[13] Hubiese sido preferible que fuese la pluma de Kinsey la que rindiese homenaje a Freud tal como lo hizo otro psicoanalista, Wilhelm Reich, quien, como Erich Fromm, rompió con la ortodoxia freudiana en una tentativa de "sobrepasar" a su antiguo maestro. Freud, declara Reich, fué el primero en proclamar que los trastornos nerviosos tienen por causa la moral sexual en vigor en nuestra sociedad y que las neurosis no son sino enfermedades del sexo, que tienen por origen una represión sexual excesiva. Al atacar las raíces de la represión sexual que es uno de los pilares de la ideología burguesa y religiosa, Freud realizó la obra de un revolucionario. Al revelar también que la sexualidad no cae bruscamente del cielo en el despertar de la pubertad, sino que es precedida y determinada por la sexualidad infantil, Freud trastrocó todas las nociones admitidas hasta entonces. Fué Freud el primero, dice Reich, que sacó el sexo del trasfondo donde desde milenios llevaba una existencia sórdida, malsana y pútrida, hasta colocarlo sobre la fachada iluminada de nuestro edificio social.[14]

El camino que emprendió Kinsey había sido, pues, pasablemente despejado por sus predecesores, y sobre todo por Freud. Pero el autor del Informe reprocha a estos pioneros, y sobre todo se dirige a los psicoanalistas, de no haber jamás tenido, a pesar de su

[13] *About the Kinsey Report,* cit., p. 47.

[14] Wilhelm Reich, "Matérialisme dialectique et psychanalyse", en *La Crise sexuelle,* traducción francesa, 1934; del mismo, *La Fonction de l'orgasme,* traducción francesa, 1952.

destacada aptitud para discernir la significación de ciertos hechos, un conocimiento exacto, o aún aproximativo, de las actividades sexuales del hombre medio. Ellos han acumulado hechos sexuales observados en un cierto número de particulares, pero no han sabido cómo se comporta sexualmente la generalidad de los seres humanos. *No han podido distinguir jamás lo que era corriente de lo que era raro*, pues sus datos provenían de pacientes generalmente no representativos que trataban en sus clínicas. Desde que Ernest Jones publicó un admirable estudio biográfico sobre el gran vienés se sabe hoy que incluso las generalizaciones contenidas en los primeros ensayos de Freud sobre la teoría del sexo, y sobre todo su famoso "complejo de Edipo", alfa y omega de su doctrina, provenían, sobre todo, de observaciones hechas por medio de un análisis *sobre sí mismo*, lo que evidentemente no le confiere un carácter científico indiscutible.[15]

Si bien Kinsey se muestra dispuesto a admitir que Freud ha despejado el camino, piensa también (con razón, sin duda) que el vienés, al mismo tiempo, complicó el problema del sexo con algunos de sus "mitos". Le reprocha el haber emitido un cierto número

[15] Ernest Jones, *The Life and work of Sigmund Freud*, vol. I, 1953. El autor afirma que cuando Freud encontró en sí mismo, en los recuerdos de su más lejana infancia, la pasión que experimentó por su madre y los celos que albergó respecto a su padre, sintió inmediatamente que su descubrimiento *concernía "a la naturaleza humana en general". Éste era el procedimiento habitual de su pensamiento. Cuando un hecho particular acaparaba su atención, veía en él un ejemplo de un fenómeno general o universal. "La idea de compilar estadísticas al respecto le era extraña"*, (p. 97, 806).

de hipótesis no corroboradas por verificaciones científicas suficientes. Pone así en tela de juicio que exista en el niño un estado pregenital de actividad erótica generalizada, y duda que se pueda emplear el término "sexual" cada vez que el bebé rasca su oreja o sus partes genitales o chupa su pulgar; asimismo, no está seguro que la adolescencia sea precedida por un período de sexualidad latente. Se trata para él de un período de inactividad forzada, impuesta por la sociedad, sobre todo si se trata de una niña, y no de una "latencia" de origen biológico. Nuestro autor agradece a Freud el haber subrayado la importancia de las experiencias de los primeros años de la vida, pero, según su opinión, no debe olvidarse que el individuo continúa el aprendizaje y el condicionamiento por nuevas situaciones en todo el transcurso de su vida. Considera incorrecto disminuir la importancia de la influencia de las experiencias no infantiles en la formación del comportamiento del adulto. Kinsey es también bastante escéptico, como muchos antropólogos americanos,[16] con respecto al "complejo de Edipo". Mientras que ciertos psicoanalistas pretenden que todos sus pacientes han tenido, en un momento u otro de su vida, relaciones incestuosas,[17] Kinsey considera que esta afirmación no concuerda con los múltiples datos que ha recogido personalmente. El in-

[16] Cf., por ej., Margaret Mead, *From the South Seas*, New-York, 1939.

[17] En su libro *Erreur de Kinsey* (traducción francesa, 1954, p. 23), los doctores E. Bergler y W. S. Kroger protestan diciendo que "esto no ha sido jamás insinuado por quienquiera que fuese".

cesto, dice Kinsey, se produce más a menudo en el pensamiento de los clínicos que en la realidad. Nuestro autor pone en duda igualmente que las secuelas del "complejo de Edipo" sean suficientes para explicar los comportamientos homosexuales.[18] Tampoco está de acuerdo con la hipótesis freudiana acerca del desarrollo infantil que pasa sucesivamente por el autoerotismo o narcisismo, para encauzarse a continuación hacia objetos sexuales cuya conformación física es similar (homosexualidad), para por último interesarse, a menos de que ocurra un retardo "infantil" en etapas anteriores, por objetos sexuales físicamente diferentes (heterosexualidad). Afirma Kinsey no haber encontrado ninguna prueba que abone esta hipótesis en los muy numerosos casos de pre-adolescentes o adolescentes de los dos sexos sobre los cuales realizó su encuesta. Formula igualmente serias reservas a la teoría de la "sublimación", que habría sido presentada originariamente por su autor sin ninguna prueba en su apoyo, y aceptada en seguida casi sin discusión por sus discípulos.[19] Afirma que no existe un solo caso bien definido de sublimación y duda

[18] Kinsey reacciona aquí muy oportunamente contra una explicación de la homosexualidad a la moda en los Estados Unidos (cf., por ejemplo, Donald Webster Cory, *L'Homosexuel en Amérique*, traducción francesa, 1952).

[19] Sin embargo Kinsey habría podido precisar que los psicoanalistas han hecho una considerable revisión, en estos últimos años, de la teoría original de la sublimación. Otto Fenichel, por ejemplo, ha llegado a dudar que exista una sublimación genital adulta y sólo admite la sublimación en el estado pregenital (*La Théorie psychanalytique des névroses*, traducción francesa, 1953, *passim*).

que, gracias a la "sublimación", un considerable número de varones puedan permanecer durante lapsos considerables sin ninguna actividad sexual. Se trataría, según él, de una hipótesis teórica más que de una verdad demostrada. Lo que se quiere hacer pasar por "sublimación" sería simplemente *represión.* Kinsey percibe un enojoso parentesco entre la teoría de la sublimación y el viejo ascetismo hebreo, griego, cristiano. No debe extrañar, dice, que los modernos guardianes de la moral se hayan apresurado a adoptar esta parte del psicoanálisis, esperando de esta manera perpetuar, al adornarlas con un vocablo rejuvenecido y a la moda, sus concepciones tradicionales de abstinencia y austeridad.[20] Tampoco admite Kinsey que toda desviación de los comportamientos sexuales definidos como "normales", implican necesariamente una "neurosis". He aquí, arguye ante los freudianos, una deformación de clínicos que no sospechan la frecuencia de tipos de actividad pretendidamente "anormales". Nuestro autor lamenta asimismo que Freud, después de haber sostenido que la masturbación era inofensiva, haya reducido el alcance progresista de esta afirmación atribuyendo a la masturbación pretendidos inconvenientes psicológicos, con lo que se expone al riesgo de consolidar, por medio de nuevas formulaciones de apariencia científica, las viejas prohibi-

[20] Es así que con una visible satisfacción el puritano norteamericano William McDougall da razón a Freud en el capítulo de la sublimación: "Sin continencia sexual, escribe, no hay sublimación; y sin sublimación, no hay cultura" (en *Sex and Civilization,* compilación colectiva, New-York, 1938).

ciones talmúdicas que tradicionalmente estigmatizaban esta actividad.

Sobre todo, Kinsey no comparte el punto de vista freudiano (que él atribuye equivocadamente al psicoanálisis ortodoxo) según el cual los aspectos psicológicos del comportamiento sexual serían de un orden diferente y más significativo de los que se refieren a las reacciones sexuales y al orgasmo en relación con la anatomía y la fisiología. Una interpretación tal tiene un cariz fácilmente místico, dado que tiende a considerar los problemas de forma anatómica y de función fisiológica como un "materialismo científico" al que escaparían los problemas fundamentales y reales del comportamiento humano.[21]

Kinsey deja entrever aquí los lazos que lo unen al fundador del behaviorismo, J. Watson. Pero, cosa curiosa, fuera de la utilización de la palabra *behavior* en el título de sus dos tomos, no cita ni una sola vez las obras de Watson y las omite en su bibliografía. Y sin embargo, el Informe no es otra cosa que una aplicación a la sexualidad de los métodos que son caros a los behavioristas. El autor parte, como Wat-

[21] La objeción de Kinsey se refiere quizás más a los epígonos idealistas de Freud, tales como Jung, que a Freud mismo, quien siempre quiso mantenerse en el terreno del materialismo científico y quien, previamente neurólogo y alumno de Charcot, no ha subestimado jamás la anatomía y la fisiología. Sin embargo, es exacto que el pensamiento de Freud ha oscilado entre el materialismo y el espiritualismo, y que contiene, al menos en germen, la herejía idealista de la escuela de Jung, y que sus últimas obras (*El malestar de la civilización, Moisés*) dan lugar a las críticas de los materialistas.

son,[22] de la convicción de que la ciencia debe limitarse al examen de los hechos que pueden ser captados por nuestros sentidos, de comportamiento manifiesto, y que todo el resto no es más que metafísica y mitología. Con los behavioristas, sólo admite la existencia de un solo y único reino, el reino físico, e ignora conscientemente el reino de las entidades espirituales contenidas en el cuerpo humano. Piensa que allí donde otros creían descubrir fenómenos *sui generis* del alma, no hay otra cosa que comportamiento que puede ser observado. A la par de ellos, pretende substituir el *homo duplex* del "dualismo clásico" por el *homo simplex*. Descarta con resolución todos los hechos que no son accesibles a la investigación científica y no reconoce más que los que son visibles, palpables, concretos. No está lejos de pensar, con los behavioristas, que todo el resto no es más que especulación que no tiene nada que ver con la ciencia y de considerar a la "conciencia" así como al "inconsciente" (Jung llega a decir "alma") como entidades obscuras e hipotéticas que la ciencia debe apartar de su camino. Como los discípulos de Watson, se esfuerza en transponer al estudio del hombre los métodos aplicados al estudio del comportamiento animal.[23]

Pero el "behaviorismo" de Kinsey es, al mismo

[22] Me remito al resumen de la actitud behaviorista de Valérie H. Arnold, *La Psychologie de réaction en Amérique*, 1926. Pierre Naville me asegura que esta tesis ha sido, en parte, revisada por el malogrado Georges Politzer.

[23] Kinsey, antes de consagrarse a la sexualidad, se había dedicado a la biología y había estudiado una variedad de avispas por medio de

tiempo que su fuerza, su debilidad. Su fuerza, en la medida en que lo induce a no tomar por verdad demostrada todas las azarosas hipótesis de la metafísica o de la "metapsicología" freudiana, lo que da por resultado que las críticas que dirige al psicoanálisis tengan puntos de contacto con las de los materialistas soviéticos, discípulos de Pavlov.[24] Su debilidad, en la medida en que lo lleva a una concepción puramente *mecánica* de la vida sexual, a la que considera en términos simplificados de estímulos y reacciones, lo que le induce a presentar al hombre como un autómata sexual, en el cual sólo cuentan los aspectos que encuentran su expresión en su comportamiento visible. ¿No es empobrecer el sexo negarle pura y simplemente todos aquellos atributos que no sean "taxonómicos", es decir medibles científicamente, y podar toda su complejidad infinita al no hacer de él más que una descripción *cuantitativa?* No tomar en cuenta o subestimar el "inconsciente", ¿no es acaso "no tomar en cuenta el mecanismo psicológico fundamental" [25] Sin duda, como lo hace observar el escritor norteamericano Lionel Trilling,[26] el Informe no niega el aspecto psíquico del fenómeno (veremos la importancia que atribuye, por ejemplo, a los estímulos

---

la "taxonomía", método científico que consiste en medir las variaciones de series de individuos que componen una especie animal o vegetal dada.

[24] Cf. Joseph Wortis, *La psiquiatría soviética.*

[25] Bergler y Kroger, op. cit., p. 21.

[26] "Le Rapport Kinsey", *Profils,* Nº 1, octubre de 1952, p. 65-83.

psicológicos de la sexualidad masculina). Pero, aun cuando hace alusión a ellos, no logra desprenderse de su criterio cuantitativo; se abstiene en general de establecer una relación entre la vida sexual y la vida psíquica. Así como algunos acusan a los marxistas de tomar demasiado en cuenta, en sus análisis sociológicos, a la "infraestructura" en desmedro de la "superestructura", y así, como Kinsey reprocha a los freudianos de hacer lo mismo con la superestructura psíquica en desmedro de la infraestructura fisiológica, puede a su vez reprochársele de tomar demasiado en consideración la infraestructura fisiológica a expensas de la superestructura psíquica.

Tropezamos aquí con un problema cuyas proporciones nos impiden, desgraciadamente, abordarlo exhaustivamente en el marco del presente estudio: ¿Existe el "amor"? ¿Sería la sexualidad nada más que el cimiento poco interesante y algo desagradable de una facultad que constituiría uno de los atributos más destacados y más admirables del hombre? O, por el contrario, ¿sería el amor nada más que un trastorno psíquico, una sublimación accidental de la sexualidad, "especializándose", como dice René Guyon, fijándose sobre un objeto único el producto de las inhibiciones sociales y de mimetismos culturales, desconocido para nuestros lejanos antepasados y del cual, quizás, se burlarán nuestros nietos? Si los literatos han concentrado su atención, desde hace siglos, sobre el "amor", a expensas de la sexualidad a la que han dejado en la sombra o en último término, los sexó-

logos modernos, en cambio ¿no caen en el exceso contrario y no incurren en el peligro de presentar una imagen unilateral del hombre al no estudiar en él más que la función sexual? [27] Para responder honestamente a esta pregunta, sería necesario tener tiempo para delinear una sociología del "amor" e investigar su evolución desde el origen de la humanidad. Otros han hecho ya el intento,[28] y yo haré lo propio en un trabajo actualmente en preparación. Por el momento me contentaré en coincidir con Trilling en que el silencio observado por Kinsey en cuanto al "amor" se explica por su tendencia a considerar el comportamiento animal como norma. Sin duda, es indispensable, cuando se estudia la sexualidad humana, considerar en primer término al hombre como un animal. Pero el hombre no es, *no es más,* un animal. Su vida sexual está estrechamente integrada con su inteligencia, su imaginación, su sensibilidad. ¿Es posible aislar la sexualidad del resto de los demás atributos del hombre?

Veremos más adelante que el método empleado por Kinsey le posibilita explicar en forma notable, el carácter polimorfo de la sexualidad, pero que su análisis se debilita cuando trata de descubrir por qué este ser humano, al que ha hecho aparecer como ca-

[27] Es la tesis sostenida, en nuestros días, por Karen Horney, en la *Personalidad neurótica de nuestro tiempo,* que insiste particularmente en la necesidad del afecto, inherente, según ella, a la naturaleza humana.

[28] Cf. Denis de Rougemont, *L'Amour et l'Occident,* 1939. Cf. respecto a ese libro, Apéndice Nº 1.

paz de reaccionar sexualmente a cualquier estímulo, elige precisamente una forma determinada de exutorio sexual con exclusión de otras; por qué, por ejemplo, puede especializarse en la heterosexualidad o en la homosexualidad. En este punto, es evidente que el método cuantitativo no es suficiente. El método de los psicoanalistas, que consiste en estudiar muchos menos casos, pero uno a uno, largamente y a fondo, sin preocuparse de calcular los promedios, tiene evidentemente más posibilidades (a pesar de ser bastante aleatorio) de dilucidar el misterio de tal o cual comportamiento individual. El método cuantitativo está también sujeto a caución, dado que obliga a clasificaciones arbitrarias (una actividad es clasificada como "heterosexual" a pesar de que presenta aspectos "homosexuales" e inversamente; la homosexualidad pasiva no es diferenciada de la homosexualidad activa, etc.).

Debe hacerse al método de Kinsey otra objeción sobre la que, me parece, sus críticos no han insistido mucho, debido sin duda a que su apreciación es más psicológica o más literaria que sociológica. Y sin embargo esta objeción me parece ser la más inportante y la más grave. Como naturalista, Kinsey ha estudiado el comportamiento del hombre como si se tratara de un animal, pero no sólo ha descuidado el hecho de que el hombre es un ser *sensible,* sino que ha pasado por alto sobre todo la circunstancia de que se trata de un ser *social.* El hombre está tan estrechamente integrado con la sociedad de la que forma parte que todos sus comportamientos, todas sus acciones y gestos, incluí-

das las actividades sexuales, tienen ante todo un carácter social. *Es imposible disociar el estudio de la sexualidad y el de la sociedad.* En el transcurso de este pequeño libro, tendré la ocasión de subrayar las lagunas que presenta el Informe desde el punto de vista sociológico. Sin duda, Kinsey, por momentos, abandona su método cuantitativo y, no contentándose ya sólo con medir, esboza una interpretación de la sexualidad que tiene en cuenta la existencia y la evolución de la sociedad humana. También se esfuerza, en la parte de su obra consagrada a la sexualidad según las capas sociales, en apreciar cuantitativamente la interrelación entre la ubicación social y el comportamiento sexual. Pero como se verá, no se trata más que de intentos superficiales, y los datos que nos proporciona son muy sumarios, describiendo la acción de la sociedad sobre la sexualidad en una forma insuficiente. Su relativa incapacidad de apreciar los fenómenos como un sociólogo incide en las conclusiones generales que extrae de sus observaciones. El objeto del presente estudio es, en gran parte, intentar colmar dichas lagunas, y plantear en una forma menos inconsecuente el problema de la emancipación sexual.

*

Una última palabra: en el marco de este trabajo no es posible proceder a un examen crítico de la técnica de entrevistas y de cálculos estadísticos en la que

se basa el Informe Kinsey, técnica cuya sola exposición ocupa ciento setenta y cinco páginas del primer volumen. La discusión tendría, por otra parte, un carácter muy árido que cansaría al lector y que sobrepasaría mi competencia. Me es suficiente con consignar aquí que los autores del Informe, después de haber interrogado a 8.603 hombres y 7.789 mujeres, han extraído finalmente sus resultados estadísticos de 5.300 entrevistas de hombres y de 5.940 entrevistas de mujeres, seleccionadas y obtenidas en condiciones, según afirman, de óptima validez.[29]

[29] Estas condiciones no parecen ser en ninguna forma satisfechas en Francia por un cierto "Centro de Documentación" de una cierta "Oficina de Estadísticas Biológicas", cuyos fundadores se refugian en el anonimato que envía un torpe cuestionario impreso, que cada uno debe devolver debidamente lleno y no firmado. El "Centro de Documentación" considera su "deber adoptar el contacto indirecto por medio del cuestionario, con preferencia al interrogatorio verbal, pareciéndole esta última forma impropia y carente de respeto hacia las concepciones morales y el pudor que constituyen el fondo del alma francesa" (*sic*). ¿Pero qué valor puede atribuirse a respuestas escritas que cualquier mal bromista, que permanece en el anonimato, puede hacer según los caprichos de su fantasía, y no es, por el contrario, exponerse al riesgo de ofender el "pudor" al sugerir al primero que venga, bajo pretexto de interrogarlo, las mil y una formas de hacer el amor? El "Centro de Documentación" se jacta de perseguir "un objetivo más elevado que el del entomologista norteamericano" y, "al solicitar respuestas de las personas normalmente equilibradas" (?), destaca su anhelo de presentar "no ya una visión fragmentaria de la sexualidad en Francia", sino "un panorama científico exacto". Es dudoso, sin embargo, que su extraño método produzca este resultado, y llega uno incluso a preguntarse si los autores misteriosos de esta encuesta no han buscado más bien desacreditar, entre nosotros, el estudio científico de la sexualidad.

II

Esbozo de una teoría de la sexualidad

Examinemos ahora, luego de haberlos agrupado en un orden más o menos lógico, los datos esenciales de los dos primeros volúmenes del Informe Kinsey.

1 — *Precocidad de la sexualidad*

La extraordinaria precocidad de la sexualidad es ya motivo de asombro en los mamíferos subhumanos y en los antropoides. Las cifras muestran que lo mismo sucede en los humanos (al menos en los varones). Algo más de la mitad (57 %) de los muchachos mayores y de los adultos recuerdan haber tenido alguna forma de actividad sexual en el período que precede a la adolescencia. Se ha comprobado la existencia del orgasmo en niños de todas las edades, desde los cinco meses hasta la adolescencia. El 31 % de las criaturas de dos a doce meses son susceptibles de llegar al paroxismo, lo mismo sucede con el 57 % de aquéllos cuyas edades oscilan entre dos y cinco años. En una

sociedad en la que no existieran inhibiciones, por lo menos la mitad de los niños podrían llegar al paroxismo a la edad de tres o cuatro años.

La edad promedio para el comienzo de las relaciones heterosexuales oscila alrededor de ocho años y diez meses. Desde muy temprana edad los niños tienen una capacidad sexual considerable. La sexualidad se desarrolla mucho antes de la época en la que los órganos genitales están maduros para la reproducción.

Antes de la pubertad (cuya edad media de comienzo en el varón es alrededor de los trece años y medio), la capacidad sexual es sorprendente. El apogeo se sitúa entre los trece y los diecinueve años y se traduce no solamente por la frecuencia de las relaciones sexuales sino también, y sobre todo, por la capacidad de orgasmos múltiples en el curso de un mismo encuentro. A esta edad, ciertos jóvenes pueden mantenerse en erección continua durante varias horas, aún después de eyacular dos y tres veces.[30]

2 — *Fuerza de la sexualidad*

Puede considerarse que un ser masculino medio, liberado de toda coacción, está posibilitado de tener un orgasmo cotidiano, y que el 10 al 15 % de la población sobrepasa ciertamente este nivel.

La fuerza de la sexualidad es tan irresistible que no puede ser plenamente contenida por ninguna prohibi-

[30] En las niñas, como lo veremos más adelante, el despertar de la sexualidad es más tardío.

ción sexual. El 85 % de los varones tienen relaciones sexuales antes del matrimonio, del 30 al 40 % fuera del matrimonio, cerca del 70 % frecuentan prostitutas, 37 % realizan la experiencia de relaciones homosexuales. El 95 % del conjunto de la población viola de una forma u otra las leyes anti-sexuales.[31]

Sin embargo, la sexualidad está limitada por las inhibiciones debidas a las prohibiciones sexuales y también por las ocupaciones profesionales que agotan a los hombres física e intelectualmente. Un verdadero marxista que no tomara muy en consideración el puritanismo leninista, agregaría que, desde este punto de vista, sólo la superación de la *necesidad*, en la *libertad*, gracias a la reducción de las horas de trabajo y el maquinismo, permitirá (una vez abolidos los códigos anti-sexuales de la sociedad presente) el pleno florecimiento de los dones sexuales del ser humano.

La buena salud contribuye a acrecentar la capacidad sexual. Recíprocamente, el orgasmo es un factor de buena salud, pues pone en juego, no solamente los órganos genitales, sino todas las partes del cuerpo. La descarga nerviosa que ocasiona, lejos de volverlo el "animal triste" como lo pretende un erróneo aforismo, procura una quietud, una calma, una paz, una satisfacción de vivir. Aquí Kinsey se inspira mani-

[31] Un universitario francés, Fr. Paulhan, había ya notado que "la contradicción es... enorme entre la sociedad tal como ella es concebida en el pensamiento de sus guías aceptados y la sociedad real donde... el individuo... busca liberarse del yugo". Para concluir: "¿Cómo remedia la sociedad esto? Con la mentira y la hipocresía". (*Les Transformations sociales des sentiments*, 1920, p. 156.)

fiestamente en las ideas de Wilhelm Reich, [32] o, en todo caso, coincide con ellas.

3 — *Necesidad de variedad y de cambio*

En la mayor parte de las especies de mamíferos se manifiesta la necesidad de variar las parejas sexuales. Lo mismo sucede en los humanos. Una de las objeciones hechas a la monogamia es la "fatiga psicológica" que provocan las prolongadas relaciones con una misma pareja. Pero, en los humanos, la necesidad de cambio es más frecuente en los machos que en las hembras (volveremos más adelante sobre esta cuestión). El macho humano sería sin duda más "ecléctico" aún, si no estuviese retenido por las inhibiciones sociales. Los hombres del pueblo son más inconstantes que los pertenecientes a la "élite". Muchos de ellos "encuentran más interés en la persecución y la conquista amorosa, con parejas variadas, que en el desarrollo de relaciones durables con una sola mujer". Algunos de ellos no manifiestan deseos de tener relaciones dos veces seguidas con una misma mujer, declaran francamente que no aman a las mujeres por sí mismas y que no quisieran saber nada de ellas si no fuesen indispensables para las relaciones sexuales. La necesidad de variación lleva a muchos de ellos a frecuentar prostitutas. Otros, en su pensamiento, no se acuestan solamente con su pareja sexual inmedia-

[32] La *fonction de l'orgasme*, cit.

ta, *sino con el género femenino en su totalidad.* No aman mujeres determinadas, sino *la mujer.*

Kinsey roza aquí, desgraciadamente sin profundizarlo, el complejo problema del "donjuanismo". Si la necesidad de variación está enraizada en la naturaleza humana, como lo afirma, entonces el Don Juan no es más la excepción monstruosa como lo han presentado los autores de su leyenda, sino *el más natural de los hombres.* Según esta hipótesis, su sola anomalía sería su maldad. Pero ¿no sería la sociedad puritana la que lo vuelve tal al infamar a los hombres que son lo bastante plenamente humanos como para desear a todas las mujeres o a todos los hombres? Stendhal afirmaba que Don Juan hubiese sido un efecto sin causa en la antigüedad cuando la religión exhortaba a los hombres al placer, y no hesita en atribuir a la religión cristiana el satanismo de Don Juan. [33]

4 — *La capacidad sexual varía de cero al infinito*

Existen diferencias considerables en la capacidad física de los varones. Unos no pueden pasar de un orgasmo por semana. Otros son aún más apáticos. Algunos han pasado largos años sin eyacular. Un hombre, a pesar de ser en apariencia médicamente sano, no ha eyaculado más que una vez en treinta años. Otros, por el contrario, alcanzan a diez, catorce, veinte eyaculaciones semanales, y aún más, sin fatigarse

[33] *Chroniques italiennes,* "Les Cenci", ed. Pléiade, II, p. 678.

más que los individuos menos pródigos. Se dió el caso de un hombre que mantuvo durante treinta años un promedio de más de treinta actos por semana.

La curva de la actividad sexual es notable por su continuidad. El ritmo sexual de un individuo no difiere más que en un grado infinitesimal del ritmo de aquellos que están próximos a él en la curva.

La gama de las capacidades femeninas es todavía más vasta en comparación con las actividades masculinas. Mientras que hay mujeres que atraviesan toda su vida, o un largo período de años, sin conocer el orgasmo, o con una experiencia mínima de éste, otras son capaces de una serie de orgasmos cada vez que tienen una relación sexual. Algunas pueden incluso tener una veintena de orgasmos en el espacio de una hora. Mientras que más de un tercio de las mujeres no han podido ser jamás excitadas (o sólo muy raramente) por un estímulo psicológico, hay mujeres que llegan al orgasmo simplemente por la imaginación, sin ningún contacto de sus órganos genitales o de una parte cualquiera de su cuerpo.

Hay mujeres que han sido excitadas solamente una o dos veces, o un muy pequeño número de veces en toda su vida, mientras que en el otro extremo, hay mujeres que son excitadas casi cotidianamente, y en oportunidades, numerosas veces por día en el transcurso de un largo período de años.

Una de las principales causas de la falta de entendimiento conyugal (aparte de las reacciones dife-

rentes de uno y otro sexo, de las cuales hablaremos más adelante) provienen de la diferente capacidad sexual de ambos cónyuges.

Kinsey escribe que la historia sexual de cada individuo representa una combinación única de estas variantes. Es poco probable que tal combinación haya existido anteriormente o que pueda volver a darse. No ha encontrado jamás una mujer que reúna todos los promedios en todos los aspectos de la actividad sexual recogidos en su Informe.

Numerosos problemas, tanto sexológicos como sociológicos, permanecerán incomprensibles mientras se ignore la extensión extraordinaria de las variaciones que puede comprobarse en el comportamiento sexual de los seres humanos. Ahora bien, toda la organización de nuestra sociedad reposa sobre la hipótesis de que los individuos son muy semejantes los unos a los otros desde el punto de vista sexual y que para todos ellos es igualmente simple adaptar su comportamiento a lo que se ha convenido en denominar las "buenas costumbres". De hecho, agrega Kinsey, los individuos afectados de apatía fundamental son los que hacen más hincapié en la "moralidad". Son los que proponen su "castidad" como ejemplo e imponen su ley. El terrorismo puritano es alimentado por el horror que inspira a los pequeños apetitos sexuales el espectáculo de los grandes apetitos.

5 — *La sexualidad es polimorfa*

El orgasmo puede ser alcanzado por los medios mecánicos más diversos. El medio puesto en ejecución es secundario en relación a la necesidad fisiológica fundamental satisfecha por el orgasmo, cualquiera sea la raíz. Aquí, Kinsey se ha inspirado visiblemente en la concepción de René Guyon para quien el objeto sexual es esencialmente variable, y por consecuencia accesorio. Un procedimiento mecánico equivale a otro. [34]

La aptitud de un individuo de responder en forma erótica a un estímulo cualquiera se manifiesta en todos los mamíferos, incluídos los humanos. Las actividades masturbadoras, heterosexuales, homosexuales, no forman tres categorías distintas del comportamiento sexual. Ni la anatomía ni la fisiología permiten apreciar una diferencia cualquiera entre los orgasmos obtenidos por esos tres medios.

Los datos que aportan los biólogos y los que nos da la naturaleza misma, no permiten bautizar ciertos actos sexuales como "naturales" o "normales" y otros "contranatura" o "anormales". Es falso que los mamíferos, tanto subhumanos como humanos, se limiten a las actividades heterosexuales y que cualquier otro tipo de actividad sexual represente una "perversión" de los "instintos normales". Tales interpretaciones se originan en el dominio de la teología y de la mística. Forman parte de la *moral* y no de la *ciencia.*

[34] *Études d'éthique sexuelle,* cit., I, p. 306-7.

En este aspecto de su trabajo, Kinsey debe seguramente mucho a los notables aportes del doctor S. Zuckermann en sus investigaciones sobre los monos. [35] Éste ha establecido que los primates de los dos sexos están en un estado de excitación permanente y que los estímulos que pueden obrar sobre ellos son de lo más variados: pueden ser excitados por congéneres jóvenes o viejos, machos o hembras, por otras especies (gatos, perros, zorros, serpientes) y aún por los objetos inanimados más diversos. No muestran la menor preferencia sea por las experiencias homosexuales, sea por las heterosexuales. Este eclecticismo es, seguramente, mucho más pronunciado en los animales jóvenes aún impúberes, pero se manifiesta también en los adultos.

Kinsey ha ensayado aquí trazar un paralelismo entre la potencia sexual de los individuos más generosamente dotados por la naturaleza desde este punto de vista, y sus aptitudes para el polimorfismo sexual. Los machos más desbordantes de sexualidad, ¿no serían aquellos que combinan con más facilidad las actividades heterosexuales con las homosexuales? Siempre urgidos por encontrar válvulas de escape, y a pesar de que la mayoría de ellos prefieren las mujeres a los hombres, se liberan tan bien con uno como con otro sexo. Es posible que esta hipótesis pueda explicar, en parte, el porcentaje relativamente elevado de actividades homosexuales entre los hombres norteamericanos. En efecto, el vigor excepcional de la población de

[35] Dr. S. Zuckermann, *La Vie sexuelle et sociale des singes*, traducción francesa, 1937.

los Estados Unidos, debido al cruzamiento de numerosas razas, a condiciones materiales y a una alimentación superior a la mayor parte de los otros países, parece conferir a los jóvenes norteamericanos un promedio superior de potencia sexual. Esta potencia que, en forma natural, incita al polimorfismo sexual, se ve más orientada hacia la homosexualidad por el puritanismo yanqui, adversario feroz de los coitos preconyugales y extraconyugales.

6. — *Frecuencia de la homosexualidad*

Kinsey considera la homosexualidad como una "parte fundamental de la sexualidad tanto en los mamíferos como en el hombre". Los contactos sexuales entre individuos del mismo sexo (machos o hembras) se producen en todas las especies de mamíferos con una frecuencia considerable (a pesar de que nunca tan considerable como la de contactos heterosexuales). La misma comprobación puede hacerse entre los humanos primitivos.

Y, en apoyo de estas afirmaciones, presenta las siguientes cifras: el 50% de los hombres no son exclusivamente heterosexuales durante su vida adulta.

El 37% ha tenido por lo menos algunas experiencias homosexuales que los han llevado al orgasmo entre la adolescencia y la vejez. Puede suponerse aún que estas cifras están *por debajo de las reales*. Desde que el hombre ha tomado conciencia del tabú con que ha sido estigmatizada la homosexualidad, está menos

inclinado a confesar sus actividades homosexuales que las heterosexuales.

El 25% de los hombres tienen experiencias homosexuales precisas y prolongadas.

El 18% tienen por lo menos *tanta* actividad homosexual como heterosexual durante tres años al menos.

El 13% tiene *más* relaciones homosexuales que heterosexuales durante tres años por lo menos.

El 8% de los hombres son *exclusivamente* homosexuales durante tres años por lo menos.

El 4% de los hombres son exclusivamente homosexuales durante toda su vida.

Dado que los hombres adultos constituyen el 34% aproximadamente de la población total de los Estados Unidos, el número de ellos que han tenido, al menos durante un período de su vida, un predominio homosexual se elevaría a la cifra impresionante de 6.300.000.

Kinsey nos proporciona estas cifras sin decirnos si ellas reflejan únicamente el comportamiento del hombre norteamericano o si tienen un valor indicativo universal, si son tan elevadas debido a que la homosexualidad es ampliamente practicada por el macho humano o porque razones particulares de los Estados Unidos (sobre las cuales volveremos), predisponen allí al hombre a buscar su propio sexo. Considero, por mi parte, que la verdad se sitúa entre estas dos hipótesis: las cifras de Kinsey revelan a la vez la expansión de la homosexualidad masculina en la especie

humana y cómo ella lo es más aún en Estados Unidos que otra parte.

Sin embargo, en las mujeres, contrariamente a la opinión a menudo admitida y sostenida, sobre todo por Simone de Beauvoir, la homosexualidad sería menos común. Las estadísticas de Kinsey indican que:

El 28% (en lugar del 50% en los hombres) no son exclusivamente heterosexuales.

El 13% (en lugar del 37% en los hombres) han tenido experiencias homosexuales conducentes al orgasmo.

Las homosexuales más o menos exclusivas representan entre la mitad y el tercio de los homosexuales más o menos exclusivos.

Las mujeres homosexuales son menos versátiles que los hombres: el 71% de ellas se limitan a una sola o dos parejas, mientras que solamente el 51% de los homosexuales masculinos han manifestado ese escaso gusto por la variación. Las relaciones homosexuales femeninas son mucho más durables que las masculinas.

¿Por qué las mujeres norteamericanas son menos homosexuales que los hombres? Kinsey no nos propone ningún intento de explicación. ¿Será porque los hombres son, en Estados Unidos, más homosexuales que en cualquier otro país? ¿Será porque el papel pasivo que desempeñan las mujeres en el coito no les hace experimentar a algunas de ellas la misma repugnancia por el coito normal que la que sienten los hombres invertidos (el temor a la castración les hace re-

chazar a éstos el *acto* de la introducción)? ¿Será porque, como lo subraya Kinsey, las mujeres son más reacias a confesar sus experiencias homosexuales que los hombres? ¿Será porque, por fin y sobre todo, *el patriarcado que las destinaba exclusivamente al esposo y que les prohibía toda libertad sexual, les ha hecho respetar, más que los hombres, todos los tabúes, incluído el de la homosexualidad?*

Volviendo a la homosexualidad masculina, Kinsey considera que es un fenómeno tan fundamentalmente natural que estaría aún mucho más expandida si no fuesen las barreras que le oponen ciertas particularidades fisiológicas (sobre todo la mayor comodidad de penetración en la vagina femenina en relación al ano masculino) y sobre todo por las restricciones sociales. Llega incluso a afirmar que, si estas restricciones fuesen levantadas, la práctica de la homosexualidad podría ser superior a la heterosexualidad y que las relaciones heterosexuales son preferidas a las homosexuales por la mayor parte de los individuos solamente porque la moral corriente estimula las primeras y desaprueba las segundas. Si no fuera por el tabú, Kinsey está persuadido que un homosexual experto podría encontrar un mayor número de parejas entre los hombres que las que un heterosexual podría encontrar entre las mujeres. Esta comprobación encierra seguramente una mayor parte de verdad en Norteamérica que en otra parte, dado que allí el puritanismo hace menos fáciles las aventuras heterosexuales que en otros países.

En la suposición de que la palabra debe continuar figurando en el vocabulario, la verdadera "perversión" es la inhibición y la supresión de estas actividades sexuales variadas, bajo el pretexto que representan actos "contranatura". Aquí Kinsey confirma la predicción de Gide: "Apuesto que antes de veinticinco años las palabras: contranatura, antifísico, etc., no podrán ya ser tomadas en serio. No admito más que una sola cosa en el mundo que pueda ser no natural: la obra de arte. Todo el resto, de buen o mal grado, está en la naturaleza, y, desde que no se la contempla más como moralista, conviene considerarla como naturalista". [36] Kinsey, precisamente, considera la sexualidad como naturalista y no como moralista. Sin embargo, en una sociedad como la de Estados Unidos, donde la *cantidad* tiene valor moral y donde cada uno está inclinado a aceptar una actitud o una opinión a poco que ésta sea suficientemente popular, el solo hecho de probar en cifras la frecuencia de la homosexualidad masculina ha podido aparecer no solamente como una comprobación científica, sino también como una toma de posición en favor de esta forma de actividad sexual. Los críticos de Kinsey no han desperdiciado la ocasión de señalarlo. [37] ¿Es necesario agregar aquí que

[36] *Corydon*, primera edición, 1911.

[37] Cf. F. Ashley Montagu, *About the Kinsey Report*, cit., p. 63. Los más contrarios a Kinsey son, bien entendido, aquellos psiquíatras que (a diferencia de los psicoanalistas, más modestos), pretenden *curar* a los homosexuales. El doctor E. Bergler, por ejemplo, se irrita ante el hecho de que, al querer hacer admitir la idea de que la perversión es normal, nuestro autor atenta "contra el principio admitido hoy *universalmente* (!) de que el perverso debe ser atendido y, en

estos críticos equivocarían el camino si llegaran a ver en el Informe una "defensa e ilustración" de la homosexualidad? Elevar contra los tabúes absurdos y anticientíficos tal o cual variedad inofensiva de actividad sexual no significa necesariamente que se *prefiere* o se *preconiza* la actividad en cuestión. Naturalmente, ciertos apologistas del "amor griego" han hecho proselitismo y han sostenido, en sus escritos, que su forma heterodoxa de hacer el amor sería mejor que la de los ortodoxos, que las relaciones de hombre a hombre serían más satisfactorias (física y espiritualmente) que las de hombre y mujer, que la figura masculina es más atrayente que la femenina, etc. Pero su subjetivismo no prueba absolutamente nada, pues los heterosexuales sostienen, con la misma fuerza de argumentación la tesis contraria. Kinsey no podría ser confundido con ellos. Él no toma posición, en su calidad de sabio, en favor de ninguna forma de actividad sexual. A lo más, podría calificarse su posición como "ecléctica". Pero, para los defensores del temperamento hetero-sexual, esto ya es demasiado.

---

lo posible, curado" y de que provee "a los homosexuales un nuevo pretexto para evitar el tratamiento médico" (op. cit., p. 160-61, 237). Pero a su vez este psiquíatra se ve obligado a admitir la magnitud de la propensión a esta "perversión". Teme, en efecto, que el Informe Kinsey conduzca a los vacilantes a "pasarse" al bando "malo" (p. 185, 237). Afirmar que la simple lectura de una obra científica sea susceptible de hacer deslizar a tantos individuos hacia la homosexualidad, ¿no constituye una singular falta de confianza en la estabilidad de la hetero-sexualidad?

7 — *Lagunas de la teoría mecánica*

Pero hay una laguna en el análisis de Kinsey, al menos en su estado actual, ya que es dable esperar que los volúmenes por aparecer la colmarán. En su Informe, comprueba, aunque explica en forma muy insuficiente los motivos de que el orgasmo puede ser obtenido por medios mecánicos tan variados; tampoco explica en una forma plenamente satisfactoria por qué el ser humano otorga su preferencia a tal o cual de estos medios.

Se busca en vano en sus dos volúmenes una alusión a la teoría de Gide según la cual la naturaleza ha dotado al ser humano de potencialidades infinitamente más vastas que los pocos actos de procreación que cumple en el curso de su historia sexual. Este gigantesco "surplus", esta "desconcertante profusión", es usada por el individuo según su imaginación y sin preocuparse en reproducir la especie. De ahí el infinito polimorfismo de la sexualidad. El ser humano, como el animal, busca la voluptuosidad, una voluptuosidad que puede ser obtenida por los medios más diversos. La fecundación no es un fin en sí, sino un simple azar. [38]

Kinsey se desentiende, también un poco a la ligera (y quizás porque sólo le interesa de la sexualidad aquello que se manifiesta y es mensurable) de la hipótesis de la "bisexualidad" formulada a principios de siglo por Wilhelm Fliess y por Otto Weininger a la

[38] *Corydon*, cit.

que adhirió Freud, amigo de Fliess. [39] Resumamos brevemente esta hipótesis.

Weininger afirma que ningún individuo es absolutamente hombre y ninguno es absolutamente mujer. En cada hombre hay algo de la mujer y en cada mujer algo del hombre. Hay de un individuo al otro innumerables actitudes sexuales intermediarias.

Esta bisexualidad tendría un origen a la vez *filogenético y ontogenético.*

1º — Los animales inferiores son bisexuales y el primero de todos los vertebrados ha debido ser un hermafrodita ¿No es inquietante y atribuible a una intuición el hecho de que la mitología primitiva abunde en divinidades andróginas?

2º — El embrión humano es en un comienzo asexuado y contiene, al principio, los elementos de la evolución masculina y femenina a la vez. Como Kinsey mismo lo subraya, el equívoco dura dos meses. Una vez que se ha producido la diferenciación sexual, todo ser humano conserva los vestigios embrionarios del sexo opuesto, anatómicos, hormonales, psicológicos; el clítoris es un rudimento del pene, el organismo masculino fabrica hormonas femeninas (estrógenos), el femenino hormonas masculinas (andrógenos). Cada ser humano es, en grados diferentes, como lo ha demostrado Margaret Mead, un hermafrodita psicológico que

[39] Dr. Otto Weininger, *Sexo y carácter*, 1904; Wilhelm Fliess, *Der Ablauf des Lebens*, 1906. Pero Ernest Jones asegura, en su biografía de Freud (cit.), que la prioridad de este descubrimiento pertenece a Fliess (p. 290-91, 313-18).

dad (es difícil saber cómo reaccionará un individuo al tropezar con una ocasión de contacto sexual), como haciendo una profesión de fe del eclecticismo (este problema forma parte, después de todo, del problema más amplio de la elección en general: elección del camino que se emprende, de las vestimentas, del alimento, del lugar donde se duerme y de una infinita variedad de cosas que se elige sin cesar).

Sin embargo, no se contenta con respuestas más bien evasivas, y busca otras más substanciales. Coincidiendo en este punto con Havelock Ellis y Freud, admite que las actividades homosexuales se encuentran en una proporción muy superior en los hombres cuya adolescencia es precoz. Alrededor del 45% de los estudiantes precozmente adolescentes han experimentado la homosexualidad y sólo menos del 25% de aquellos cuya adolescencia ha sido más tardía. Para él es más significativa la edad de comienzo de la adolescencia (que probablemente corresponde a transformaciones del metabolismo en el individuo) en el desarrollo de la homosexualidad, que el complejo de Edipo, tan discutido, de la filosofía freudiana.

Otro esbozo de explicación es propuesto por Kinsey cuando señala que dos individuos del mismo sexo comprenden mejor la anatomía, las reacciones fisiológicas y psicológicas de su propio sexo que las del sexo opuesto y que, por consiguiente, algunos de ellos se sienten más cómodos con un compañero del mismo sexo. Pero esto no es más que una simple indicación no desarrollada.

Kinsey no hace más que rozar el problema de la homosexualidad exclusiva. Ni siquiera se pregunta por qué el 4% de los hombres norteamericanos rechazan todo contacto con el otro sexo. Se limita a registrar que en los mamíferos la homosexualidad exclusiva es rara. Descuida en la misma forma la cuestión, tan enigmática, de la homosexualidad *activa* y de la homosexualidad *pasiva*. Se busca, en vano, en sus dos volúmenes, cualquier dato estadístico sobre la frecuencia relativa de estos dos comportamientos. [42] Protesta solamente contra la tendencia de algunos a reservar el calificativo de homosexual al que desempeña el papel pasivo. Y sin embargo las razones por las cuales un hombre prefiere desempeñar con otro hombre el papel activo o el pasivo son quizás aún más enigmáticas que las razones por las cuales un hombre prefiere la homosexualidad o la heterosexualidad. Si Kinsey hubiese llegado más lejos en sus observaciones estadísticas, habría sin duda establecido que la gran mayoría de los hombres norteamericanos que han tenido experiencias homosexuales desempeñan con su compañero el papel activo, y que la gran mayoría de los homosexuales exclusivos tienen (sea por predilec-

[42] Es conveniente sin embargo, en descargo de Kinsey precisar que la homosexualidad no podría ser contenida en el dualismo simplista: actividad-pasividad. Parece que numerosos homosexuales se limitan a maniobras manuales o bucales, sin que ninguno se atribuya un papel "masculino" o "femenino". En cuanto a los que practican o sufren la introducción, no parece que se especialicen en forma permanente en una de estas dos actitudes y un cambio de condicionamiento social o de pareja conduce a veces al pasivo a convertirse en activo, e inversamente.

ción, sea por necesidad),[43] el papel pasivo. Y, si hubiese relacionado los datos, que él recogió por otra parte, sobre el *petting* heterosexual (es decir la excitación por medio de caricias no seguida de introducción) que está tan difundida en Norteamerica, hubiera quizás descubierto que el célibe norteamericano se entrega tan frecuentemente a la homosexualidad y desempeña de tan buen grado el papel activo con un compañero masculino *debido a que la introducción es precisamente la única forma de actividad sexual de la cual está privado con la mayor frecuencia (por el puritanismo), en sus relaciones heterosexuales.*

Sin embargo Kinsey, abandonando el campo de las ciencias naturales por el de la sociología, se decide finalmente a atribuir la elección de tal o cual comportamiento sexual a *"la educación del comportamien-*

[43] Cuando escribo *necesidad,* considero dos clases de necesidades: una, de orden puramente práctico, a saber que el heterosexual sólo consiente frecuentemente en tener relaciones con el homosexual exclusivo sólo si este último adopta el papel pasivo; la otra, de orden psíquico, a saber que el papel pasivo es a menudo impuesto al homosexual exclusivo por la presión de la sociedad que le atribuye feminidad y lo abochorna. Como escribe Sartre a propósito de un personaje de Jean Genet, "la interdicción social pesa sobre 'ella' (Divine), le prohibe ser hombre. Dado que se le rehusa el derecho de ser hombre, será mujer". (*Saint Genet comédien et martyr,* 1952, p. 273.) Sería necesario analizar aquí más largamente la idea absurda que se hacen del papel femenino los invertidos. Si se alterna con "ellas" y se observa sus dichos, gestos, zalamerías, chillidos, es posible observar que "ellas" caricaturizan, los pobres, a la manera del mono o del papagayo, una cierta versión superfemenina de la feminidad, que ha sido fabricada, a través de milenios, *por el patriarcado,* llevada al absurdo por la burguesía del siglo XIX, y de la cual "ellas" han tomado, por otra parte, sólo los rasgos más afectados y ridículos. "Ellas" no remedan "mujeres", como dice Sartre, remedan más exactamente, lo que "ellas" se representan como la mujer, es decir, muñecas y prostitutas.

to, el que depende, en una medida considerable, de las tradiciones culturales en las que el individuo se educa". Kinsey se manifiesta aquí, claramente, como un discípulo del behaviorista Watson que se jactaba de convertir a su perro en un homosexual dejándolo jugar con sus compañeros de sexo y castigándolo si tenía relaciones con hembras. Todo individuo, según Kinsey, debería estar en condiciones de responder afirmativamente a un estímulo sexual cualquiera, si no estuviese "condicionado" contra la inclinación a tal respuesta. Toda reacción negativa a una excitación sexual (por ejemplo la repulsión que experimenta el heterosexual exclusivo a la idea del contacto físico con otro hombre o el homosexual exclusivo a la idea del contacto físico con una mujer) es pues una *reacción adquirida y no congénita.* Y lo que se debería explicar sobre todo, no es por qué ciertos seres humanos prefieren, en una situación dada, la heterosexualidad o la homosexualidad, sino por qué son *refractarios* a la heterosexualidad o a la homosexualidad.

Pero Kinsey no lleva tan lejos su curiosidad. No se pregunta, entre otras cosas, si no sería el hábito, la repetición del mismo acto que proporciona placer lo que contribuiría, en una gran medida, a reforzar la tendencia exclusiva, a provocar la "fijación", sea heterosexual, sea homosexual. [44] Nuestro autor, ade-

[44] El Dr. Henri Planche sugiere que "hay allí un elemento que no solamente es psicológico, sino quizás fisiológico y hace recordar muy estrechamente la manera como Pavlov hizo escuela llegando, por medio de estímulos siempre iguales, a fijar reflejos condicionados" (Op. cit., p. 102).

más, no menciona más que un pequeño número de factores sociales susceptibles de condicionar el comportamiento sexual. Observa así que el niño muy pequeño se inclina hacia la homosexualidad por la opinión de camaradas que encuentran ridículo entretenerse con niñas. Señala que, de tal forma, la vida urbana facilita el desarrollo de la homosexualidad, y lo mismo sucede, por razones totalmente distintas, con la vida en las comunidades rurales aisladas. Subraya también que entre los muchachos de formación universitaria, en los cuales las relaciones con prostitutas son extremadamente reducidas, la actividad homosexual es de diez a veinte veces superior que la de los que pueden frecuentar prostitutas. Llama la atención por fin, y sobre todo, al hecho de que la práctica de la heterosexualidad es favorecida por la estigmatización de la homosexualidad por la sociedad, mientras que en un sentido inverso, la homosexualidad es favorecida por la condenación puritana de toda actividad heterosexual antes y fuera del matrimonio.[45] Kinsey mismo confirma esta última observación al revelarnos (sin quizás insistir suficientemente en ello) que *la muy reciente regresión de la homosexualidad en los Estados Unidos es más o menos paralela al aumento de las actividades heterosexuales.*[46]

Pero éstos no son más que esbozos de explicación, y el lector queda insatisfecho. En este aspecto, mani-

[45] La primera alternativa me parece particularmente veraz para Francia, la segunda para los Estados Unidos.

[46] Ver más adelante pág. 113.

fiestamente, la contribución de Kinsey es mucho más indigente que la de Freud.[47] ¿Profundizará más el problema el volumen ulterior consagrado al "equilibrio hetero-homosexual"?

[47] Por otra parte, si bien Freud trata de dar una mejor explicación del por qué un individuo dado prefiere la homosexualidad o la heterosexualidad, complica bastante el problema con su teoría según la cual la homosexualidad sería una fase del desarrollo del joven, la que, en los sujetos "normales", sería rápidamente superada mientras que los "anormales", permaneciendo en un estadio infantil continuarían hasta la edad adulta buscando el contacto con su mismo sexo. Esta teoría acude en ayuda del puritanismo, pues coloca la homosexualidad fuera de la "normalidad" y adopta, en el fondo, la misma actitud que la de los educadores y moralistas tradicionales que reprochan al homosexual el no haberse podido desprender de los "hábitos perniciosos" de su primera juventud. Puede apreciarse todo el provecho que ha sacado de esta concepción un sexólogo católico en: Marc Oraison, *Vie Chrêtienne et problèmes de la sexualité*, 1951.

III

¿Reaccionan en forma distinta el hombre y la mujer?

1 — *Identidad del hombre y la mujer*

Kinsey ha consagrado una parte importante de su segundo volumen al estudio de las diferencias específicas entre la sexualidad masculina y femenina.

Comienza por afirmar categóricamente que, contrariamente a la opinión corriente, machos y hembras son idénticos en su anatomía y fisiología fundamental. Contrariamente a lo que pasa en los mamíferos subhumanos donde la hembra conoce raramente el orgasmo, éste es esencialmente el mismo en el hombre y en la mujer, y no hay diferencia apreciable entre los dos sexos en lo que concierne al tiempo necesario en llegar a él. Las diferencias de sus mecanismos sexuales respectivos (por ejemplo, la ausencia de eyaculación en las mujeres) son de menor importancia.

Pero, una vez hecha esta declaración de principio, Kinsey cree que existen diferencias *psicológicas* entre la sexualidad masculina y la femenina.

de 15 años, el 92 % de los varones ha experimentado un orgasmo mientras que a la misma edad menos del 25 % de las niñas ha tenido tal experiencia. Mientras que casi todos los adolescentes eyaculan numerosas veces por semana y muchos de ellos tienen erecciones varias veces por día, las adolescentes pueden, no raramente, permanecer días, semanas, meses sin ser excitadas.

Los varones jóvenes sufren transtornos nerviosos cuando no pueden satisfacerse regularmente, pero las jóvenes no experimentan transtornos tan serios. Muchas mujeres dejan transcurrir períodos de uno a diez o veinte años entre sus primeras experiencias sexuales y una actividad amorosa regular. Mientras que la capacidad erótica del hombre, como se ha visto, llega a su apogeo entre los 13 y 19 años, la de la mujer alcanza su máximo hacia la edad de 25 y aún de 30 años.

Pero si la sexualidad femenina es más lenta en su despertar, se mantiene en un nivel elevado mucho más tiempo que la masculina. Esta última declina progresiva y constantemente a partir de los 19 años. La frecuencia del orgasmo y de la masturbación en la mujer permanece siendo la misma desde la juventud a la vejez. Mientras que el hombre conserva su capacidad reproductora mucho más tiempo que la mujer, ésta conserva su capacidad erótica más largamente que el hombre.

Aquí nos encontramos con una nueva fuente de falta de entendimiento conyugal. Mientras que el va-

rón tiene más necesidad de relaciones sexuales en su juventud, época en la cual las reacciones eróticas de su esposa no han alcanzado todavía su pleno desarrollo, ésta última tiene luego exigencias sexuales que se mantienen hasta la cincuentena e incluso hasta los sesenta años, edad en la que el interés del esposo por el coito ha disminuído singularmente.

4 — *El hombre tiene más necesidad de variación que la mujer*

La mujer se preocupa mucho menos que el hombre en cambiar con frecuencia de compañeros. Es excitada menos a menudo que el hombre por la idea de la promiscuidad.

Kinsey atribuye esta diferencia a disposiciones "psicológicas" diferentes.

La hembra sería menos sensible que el macho a las asociaciones psíquicas o sensoriales que no constituyan estímulos activos y directos. Se comprueba la misma diferencia en los mamíferos subhumanos. En casi todas esas especies, por ejemplo, los machos se excitan al ver a otros animales copulando, mientras que las hembras no reaccionan tan a menudo ante tales situaciones. Las hembras de la mayor parte de las especies de mamíferos se excitan menos que los machos antes de haber tomado contacto físico con su pareja.

El hombre se excita a la sola vista de su pareja sexual en potencia. Se inflama anticipándose nuevos tipos de experiencias, el ensayo de nuevas técnicas,

la ocasión de alcanzar grados de placer más elevados de los obtenidos precedentemente. Las mujeres atribuirían mucha menos importancia a estos factores. El hombre, contrariamente a la mujer, es capaz de ser excitado sexualmente por cualquier compañera.

5 — *La sexualidad del hombre depende en mayor grado de la imaginación*

Mientras que al hombre le significa un esfuerzo lograr el orgasmo sin la ayuda de cualquier forma de imaginación, la mujer estaría más sometida a las fuentes físicas y fisiológicas de la excitación erótica y sería menos dependiente de su imaginación.

Ésta constituye, quizás, una de las razones por las cuales la mujer reacciona más lentamente que el hombre durante el coito. Mientras que este último está ya en estado de erección por la anticipación del placer que va a experimentar, el término medio de las mujeres sólo comienzan a reaccionar luego de una dosis bastante fuerte de estímulo físico. Cuando, por una razón cualquiera, este estímulo se interrumpe, la excitación de la mujer vuelve a cero y es necesario volver a lograrla por medio de nuevas manipulaciones físicas.

El macho humano se interesa enormemente por formas de actividades sexuales raras, poco habituales, y aun fantásticas o imposibles. Las mujeres son mucho menos afectadas a actividades que se alejan de las técnicas inmediatamente practicables y raramente, tanto

en su conversación, como en sus obras literarias o artísticas, se refieren a actividades sexuales alejadas de lo corriente y de lo real.

Mientras que el 32 % de los varones entrevistados son regular y fuertemente excitados por la sola vista de las mujeres (vestidas o desnudas), sólo el 17 % de las mujeres reaccionan en la misma forma ante el espectáculo de hombres.

Muy raramente las mujeres pintoras toman por modelo al desnudo masculino y lo tratan en una forma erótica.

Mientras que el 54 % de los hombres se han excitado contemplando imágenes de desnudos femeninos, solamente el 12 % de las mujeres se han sentido impresionadas por reproducciones de desnudos. Los distribuidores de revistas y de fotografías de desnudos no ignoran esta relativa indiferencia de las mujeres por su mercadería y renuncia a producir para un público principalmente femenino. Hay hombres que ensayan en vano excitar a su compañera mostrándole tales reproducciones y se asombran del poco efecto producido.

Asimismo muchas mujeres y esposas se sienten ofendidas al descubrir que su compañero o marido necesita de la excitación suplementaria producida por imágenes seductoras u obscenas y consideran esta inclinación como una especie de infidelidad.

Las mujeres son menos inclinadas a excitarse con la vista y entre ellas son mucho menos numerosas las exhibicionistas y las fetichistas que entre los hombres.

6 — *La sexualidad femenina se concentra menos en los órganos genitales*

En tanto que la mayor parte de los varones se excitan a la vista de los órganos genitales de la mujer, menos de la mitad de las mujeres podrían ser excitadas por la vista de los del hombre. Muchas de ellas consideran incluso a estos órganos como feos y repugnantes. Hay muchas menos mujeres que manipulean espontáneamente los órganos genitales del hombre que hombres que lo hagan con los de la mujer.

Contrariamente a los hombres, las mujeres tendrían necesidad de ser excitadas táctilmente en todas las partes del cuerpo antes que su atención se concentre sobre sus partes genitales. Reprochan a menudo a sus compañeros de no interesarse más que en la excitación genital y en la introducción inmediata. Pueden encontrar un placer considerable en una excitación sexual que no alcanza al orgasmo y atribuyen una mayor importancia que el hombre a los aspectos sociales de una relación. [49]

Son más sensibles eróticamente que los hombres a la lectura de obras románticas o a la vista de películas, lo que parece indicar que, contrariamente a lo que fué sugerido más arriba, su excitabilidad depende de la imaginación en el mismo grado que en los hombres. *Pero de una imaginación de naturaleza diferente,*

[49] Kinsey y sus colaboradores son hombres y su descripción de la voluptuosidad femenina no alcanza seguramente al realismo, matizado y refiñado, como el que encontramos en la obra de Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*).

dado que la de los hombres está más concentrada sobre las seducciones puramente físicas y plásticas, y la de las mujeres sobre las seducciones de orden espiritual o social.

7 — *Repercusiones sobre el comportamiento homosexual*

El hombre que tiene relaciones sexuales con otro hombre refleja, en su comportamiento, las diferencias en las reacciones que acabamos de comprobar entre los dos sexos. Los varones homosexuales, sea activo o pasivo su papel en las relaciones sexuales, reaccionan en forma típicamente masculina, mientras que las mujeres homosexuales, cualquiera sea el papel sexual que adopten, reaccionan en una forma específicamente femenina.

De tal forma, a los homosexuales les agrada manipulear sus partes genitales, exhibirse o mirar a otros hombres en los vestuarios, duchas, piscinas; se apasionan por fotografías o dibujos que representen falos o relaciones sexuales, cubren las paredes de los W. C. con inscripciones. Les agrada encontrarse en bares o *boites* y leer publicaciones homosexuales. La prostitución masculina prospera en el mundo entero. La homosexualidad femenina reviste aspectos completamente distintos.

Estas diferencias fundamentales entre el comportamiento de las dos homosexualidades llaman la atención sobre tres hechos de observación: uno, sobre el cual Kinsey llamó la atención y nosotros hemos indicado ya en nuestro análisis, se refiere a que la homo-

sexualidad ofrece la atracción de unir a dos individuos susceptibles de comprender sus reacciones fisiológicas y psicológicas mejor que lo que podrían hacerlo con respecto al sexo opuesto; el segundo, debido igualmente a Kinsey, consiste en que muchas relaciones heterosexuales se ven comprometidas por la tendencia de los hombres a comportarse con su pareja femenina de la misma forma en que les agradaría que dicha compañera se comporte respecto a ellos mismos y, recíprocamente, por la tendencia de las mujeres a desear que su pareja masculina se comporte de la misma forma como lo haría una compañera homosexual; la tercera observación, que se lamenta no sea debida a la pluma de Kinsey, consiste en que toda trasposición literaria de relaciones homosexuales en relaciones heterosexuales es falaz, dado que dos hombres o dos mujeres no se comportan juntos como lo harían un hombre y una mujer. Alberto no puede ser convertido sin perjuicio en Albertina. Mientras que el heterosexual no puede conocer la voluptuosidad de la mujer más que de afuera y en una forma imperfecta, el homosexual pasivo no puede conocerla ni de afuera ni de adentro: es para él un secreto inviolable que se esfuerza en vano en descifrar. No es capaz, a pesar de sus repetidos esfuerzos de sísifo, ni de reproducirla para él mismo ni de describirla a los otros. [50]

[50] Se debe probablemente a esta imposibilidad de ser mujer lo que lleva al homosexual exclusivo a caricaturizar y a exagerar su "feminеidad". *Así por ejemplo, exige ser tratado por su compañero* de la misma manera en la que el patriarcado ha tratado tradicionalmente a la mujer, es decir, ser tratado con rudeza, subyugado, despreciado.

8 — *¿A qué se deben estas diferencias entre la sexualidad masculina y femenina?*

Estas diferencias entre las relaciones sexuales de los hombres y las mujeres han sido comprobadas desde hace siglos, y se ha tratado de explicarlas de diferentes maneras. Se ha sugerido que provienen de diferencias en la abundancia o la distribución de las estructuras sensoriales del cuerpo femenino y masculino. Se ha sugerido que provienen de diferencias en el papel desempeñado por la mujer y el hombre en el coito. Se ha insinuado que están, de alguna manera, en relación con la reproducción. Se ha sugerido que provienen de diferencias en los grados de la libido o de las aptitudes morales innatas de los dos sexos. Se ha sugerido por fin que son el resultado de diferencias fundamentales en la fisiología o en el orgasmo del hombre y la mujer.

Pero Kinsey recuerda que la anatomía y la fisiología de uno y otro sexo no presentan diferencias que puedan explicar sus distintas reacciones sexuales. No existe ninguna razón para creer que la naturaleza fisiológica del orgasmo sea diferente en la mujer media del mismo fenómeno que ocurre en el hombre medio. La sola diferencia fisiológica verificada consiste en que la mujer tiene necesidad, para

---

El homosexual pasivo goza mucho más que la mujer moderna (ya parcialmente liberada del patriarcado) con esta clase de trato. Están, también, los heterosexuales que han permanecido en la fase de "señor y dueño" los que, no encontrando más mujeres para someter a su brutalidad, les agrada jugar a los patriarcas con parejas homosexuales más que condescendientes.

alcanzar el placer, de un estímulo táctil suficientemente continuo.

Lo que esencialmente difiere es, como lo hemos visto, la capacidad de reaccionar a estímulos psicológicos. ¿Proviene esta sorprendente disparidad de diferencias cerebrales? Si es así, ¿cuáles? Kinsey se contenta con observar, sin ir más lejos, que uno o dos sabios han establecido, en los animales, diferencias entre los dos sexos en cuanto a la bioquímica de la corteza cerebral. Pero, en el estado actual de nuestros conocimientos, es imposible decir más. ¿Dicha disparidad tendría un origen hormonal? Kinsey no puede descubrir ningún paralelismo entre ella y los dosajes, variables según la edad, de las hormonas femeninas (estrógenos) y las hormonas masculinas (andrógenos). *¿Provendría dicha disparidad de factores culturales?* Kinsey, sin embargo, parece reacio a admitirlo. Tocamos aquí sin duda uno de los puntos más vulnerables de su concepción. Su formación es la de un naturalista y la de un biólogo, de ninguna manera la de un sociólogo. Su obra tiene una orientación mucho más biológica que sociológica. Tiende a creer en una cierta estabilidad del ser vivo, estabilidad determinada por las leyes internas de la vida, y a subestimar la importancia del ambiente, del condicionamiento social. Se lo ve embarazado y torpe cada vez que le es necesario establecer la parte respectiva de los factores culturales y los biológicos; se muestra inclinado a dar prioridad a los segundos y no admite la influencia de los primeros más que con cierta re-

signación. Se refiere muy a menudo al reino animal para explicar el comportamiento del ser humano, a pesar de que él mismo ha admitido que la desaparición del celo y la aparición del orgasmo han elevado a la mujer de la animalidad.

Sin embargo, la explicación sociológica o culturalista se fragúa un camino, a través de la exposición de Kinsey, a pesar de las visibles resistencias del autor. Es así que él admite que, si la reacción sexual de la joven esposa es menos desarrollada que la del esposo, se debe a que *la primera lucha todavía para liberarse de inhibiciones adquiridas.* ¿De qué inhibiciones se trata? No lo dice. Se refiere, evidentemente, a inhibiciones *sociales.* Asimismo, admite que las reacciones de la mujer a los estímulos psicológicos, varían de una clase social a otra, lo que prueba hasta qué punto están socialmente condicionadas. Y más importante aún, admite que la frigidez femenina ha disminuído considerablemente en los últimos cuarenta años y que el número de mujeres que han reaccionado negativamente en sus relaciones sexuales en el curso del primer año de su matrimonio ha descendido de un 33% para las nacidas antes de 1909 a un 22 ó 23 % para las nacidas después de 1909. Lo que parece indicar que la lentitud del despertar de la sexualidad en la mujer no es determinada por ninguna "estabilidad" biológica, sino que depende de factores esencialmente culturales. [51]

[51] Cuando Kinsey critica la hipótesis freudiana de la "latencia", invoca con mayor destreza argumentos de orden sociológico y cultura-

tico, le ha dado prevalencia sobre su señor y dueño. Hasta una fecha muy reciente, ella ha sido el objeto sexual por excelencia (dado que el hombre era el único al que se consideraba como teniendo una vida sexual, sin otro objeto sexual posible que la mujer y, además, repugnándole desempeñar el papel de objeto sexual considerado como esencialmente femenino y sinónimo de sumisión). [52] De tal forma Venus (artificialmente feminizada por el enclaustramiento y el ocio que la sociedad patriarcal y burguesa impuso a las mujeres de las clases superiores) ha reinado sin rivalidad.

Por el contrario, en la selección del hombre, la mujer no ha tenido un papel activo. De la misma forma como no se le admitió la elección de su compañero sexual, tampoco tuvo la ocasión de que el hombre aceptara ser el objeto sexual en el dominio del arte. En la misma forma en que no se le enseñó a percibir la belleza de las formas masculinas, tampoco fué educada para reproducirla. No se le dió oportunidad de utilizar el pincel del pintor ni el martillo del escultor. Aun en nuestros días, como Kinsey lo comprueba sin explicarlo, las mujeres (menos numerosas que los hombres) que se dedican a las artes plásticas, raramente se arriesgan a tomar por modelo al cuerpo masculino. En cuanto a las mujeres

[52] Por la misma razón, la mujer de nuestros días, en rebelión contra el patriarcado, rehusa seguir desempeñando el papel de "objeto de voluptuosidad" al que ha sido limitada durante demasiado tiempo y que hacía de ella la esclava del hombre. (Wilhelm Stekel, *La mujer frígida*, p. 490-497.)

escritoras, a pesar de que osan por fin, luego de tantos siglos de silencio, describir la voluptuosidad que se experimenta en el otro lado de la barricada, se obstinan en su mutismo delante de la desnudez del hombre. ¿Es de origen biológico esta extraña indiferencia? ¿Tocamos aquí las profundidades más inexpugnables del "pudor" femenino? ¿O nos encontramos más bien ante la inhibición más profunda con que los milenios de patriarcado han marcado a la mujer?

A pesar de que en nuestros días el deporte y el naturismo están en vías de rehabilitar el cuerpo del hombre, y que la mujer, gracias a la libre promiscuidad del aire libre y de las playas, comienza a apreciarlo, el culto de Apolo es todavía un poco esotérico. Los "heterosexuales" que serían capaces de percibir la belleza masculina (sea objetivamente, sea debido a sus tendencias bisexuales) vacilan en manifestarlo por miedo de ser considerados —o de considerarse ellos mismos— como homosexuales. El desnudo masculino no es verdaderamente apreciado más que en círculos de iniciados, y aún en forma clandestina, pues los invertidos están demasiado agobiados por la reprobación de la que son objeto como para intentar hacer partícipe de sus preferencias estéticas al conjunto de la *élite* cultivada. En cuanto a los pocos periódicos naturistas que defienden un ideal de belleza masculina, cuentan entre sus lectores muchos más homosexuales que gimnastas desinteresados o mujeres. Y, por otra parte, estos periódicos exaltan más la hipertrofia muscular que la belleza masculina en sí.

Pero la incapacidad relativa de nuestra sociedad para honrar el cuerpo del hombre tiende a desaparecer a medida que la mujer se franquea y aprende a apreciar la belleza masculina y que el patriarcado es combatido en sus últimos reductos. Cuando el hombre y la mujer sean puestos, en sus relaciones sexuales, en un pie de igualdad absoluta, la mujer no será más *rebajada* al rango de objeto sexual. Aceptará ser objeto sexual para el hombre como éste aceptará ser objeto sexual para la mujer, sin que esta actitud implique, de una parte o de la otra, la menor noción de servilismo o humillación. El hombre no sentirá más repugnancia en ser objeto sexual para la mujer, y ésta última (la revolución feminista de hoy ha perdido ya su razón de ser) no tratará más de "desexualizarse" y esquivar el papel de objeto sexual. Promovidos a su turno al rango de "objetos de voluptuosidad", los hombres, bajo el aguijón de la competencia estarán, como lo anunciaba proféticamente Paul Lafargue, "obligados a *prostituirse* y exhibir todas sus cualidades físicas e intelectuales para conquistar amantes". [53] Punto de vista que comparte nuestro contemporáneo Jean Rostand cuando dice a Paul Bodin: "En la medida en que la mujer se convierta, en todos los planos, la igual y la competidora del hombre, es posible prever que las diferencias de ornamentación se harán menos sensibles entre los dos sexos". [54]

[53] Paul Lafargue, *La Question de la femme*, París, 1904, en *La Femme et le communisme*, cit., p. 116.

[54] Jean Rostand y Paul Bodin, *La vie, cette aventure*, 1953.

IV

La sexualidad según las capas sociales

Kinsey, a pesar de estar menos orientado hacia la sociología que hacía la biología, consiente sin embargo en hacer una incursión en la primera de estas dos ciencias cuando enumera las diferencias de comportamiento que pudo comprobar a lo largo de la escala social. Pero sus observaciones son limitadas por su repugnancia (típicamente norteamericana) en admitir que existen *clases* sociales: no quiere reconocer más que "niveles de instrucción" o "categorías profesionales". Y se equivoca también al limitarse a agrupar cifras y trazar curvas sin inquietarse demasiado en la interpretación de las variaciones registradas.

Para Kinsey, las diversas capas sociales están todas inhibidas sexualmente, obedecen a tabúes, cuyo origen remonta en la moral judeo-cristiana. Pero dichas capas sociales no observan estos tabúes, según él, de la misma forma. Lo que constituye un tabú para las capas llamadas "superiores", lo es menos para las capas llamadas "inferiores", e inversamente.

Comencemos por las interdicciones de las que son víctimas las capas llamadas "superiores" y de las que las capas llamadas "inferiores" se preocupan mucho menos.

En una forma general, la actividad sexual global de las capas "superiores" es bastante menor que la de las capas "inferiores". Kinsey ha dividido la sociedad en tres capas, en función de su nivel de instrucción, a las que califica numéricamente en: 0 a 8 (instrucción primaria), 9 a 12 (instrucción secundaria), 13 para arriba (instrucción superior) y traza la curva de la actividad sexual global de las tres categorías, del décimo al cuadragésimoquinto año de vida. Mientras que las curvas de las dos primeras categorías coinciden hasta el año décimoséptimo (es decir hasta la edad en que cesa la instrucción de la primera categoría), se apartan hasta el año cuadragésimo. La palma corresponde a los "primarios". En cuanto a la curva de la tercera categoría, diverge muy ampliamente de las dos primeras desde los doce años, en desventaja de los "superiores", pero la separación disminuye sensiblemente más allá de los treinta años.

Las capas sociales llamadas "superiores" son menos precoces que las "inferiores". Las tres cuartas partes de los niños que no van más allá de la escuela primaria tienen experiencia de coito pre-adolescente (y a menudo hasta de introducción efectiva) en comparación a solamente una cuarta parte de los niños destinados a seguir la enseñanza secundaria.

Entre los adolescentes de las clases llamadas "inferiores", el coito pre-conyugal es absolutamente corriente y considerado como normal y aún deseable, mientras que las clases "superiores" están impregnadas de la concepción cristiana que otorga la más alta importancia a la virginidad de la mujer y, en un grado menor, a la del hombre hasta el matrimonio. El 98 % de los niños que no continúan su educación luego de la escuela primaria practican el coito antes del matrimonio, mientras que sólo lo hace el 84 % de los varones que cursan la educación secundaria y el 67 % de los que continúan sus estudios hasta la universidad.

La frecuencia de las relaciones sexuales entre los 16 y los 20 años se eleva a un promedio de dos a cuatro veces por semana entre los muchachos del nivel "inferior", de 1,5 para los "secundarios" y 0,3 para los "universitarios".

Contrariamente a los de la pretendida *élite,* los hombres que pertenecen a las capas sociales inferiores no tienen mayores preocupaciones en la elección de sus compañeras, pues la satisfacción de exigencias estéticas y el respeto a convivencias sociales es menor. Por el contrario, prefieren los placeres positivos, y el no exponerse a obligaciones emocionales o sociales. Siempre entre los 16 y los 20 años, los "primarios" tienen relaciones sexuales con prostitutas en forma nueve veces más frecuente que los "universitarios", y los "secundarios" superan en más de cuatro veces a los "universitarios".

Es sobre todo entre los "primarios" y, en una

menor medida, los "secundarios" donde se encuentra una atracción muy viva por la variación de compañeras sexuales.

En fin, el "universitario" se ve obligado a contentarse con placeres imaginarios en una medida mucho mayor que los muchachos menos instruídos. El concepto del sexo evoca en él la masturbación, las poluciones nocturnas, las caricias y un deseo incesante por muchachas que muy raramente aceptan la cópula.

Entre las mujeres, algunas de estas diferencias son diametralmente opuestas. Así, por ejemplo, sólo el 30 % de las "primarias" tienen coitos pre-conyugales, contra el 47 % de las "secundarias" y el 60 % de las "superiores". Sin duda, estas cifras están falseadas por el hecho de que el matrimonio no tiene lugar, en las tres categorías, a la misma edad: las "primarias" se casan mucho más pronto y tienen menos ocasiones para el coito pre-conyugal. Sin embargo, si se restringe el análisis a las mujeres que se casan a la misma edad, puede apreciarse que el porcentaje de coito pre-conyugal *no está en nada modificado por el nivel de instrucción.* Kinsey concluye que los factores sociales influyen más en el comportamiento sexual de los hombres que en el de las mujeres. También aquí se abstiene de llegar hasta las últimas consecuencias. Si los factores educacionales ejercen menos influencia sobre el comportamiento de las mujeres que sobre el de los hombres, se debe sin duda a que *todas las mujeres, sin distinción de nivel de instrucción, están to-*

davía en una gran medida esclavizadas por el patriarcado y, por lo tanto, inhibidas en el mismo grado.

En lo que concierne a la homosexualidad, Kinsey hace una comprobación que confirma sus afirmaciones precedentes en cuanto al carácter *natural* de esta actividad: ella es practicada con más asiduidad entre los "primarios" que entre los "superiores", pero los primeros, contrariamente a los segundos, son muy raramente exclusivos.

En resumen, en muchos puntos las clases llamadas "inferiores" están menos inhibidas por los tabúes antisexuales que las capas "superiores" y mucho más próximas a la naturaleza.

Sin embargo, las clases "inferiores" sufrirían, a su turno, ciertas inhibiciones de las que se ven afligidas en un menor grado las clases "superiores".

A sus integrantes no les agrada hacer durar el acto sexual tan largamente como a la pretendida *élite*. Se debe quizás a que su capacidad imaginativa y emocional está menos desarrollada.

Practican menos libremente los contactos bucales.

Tienen más prejuicios respecto a la desnudez (considerada como "obscena") en el momento de las relaciones sexuales.

Tienen menos necesidad de estímulos psicológicos (imágenes eróticas, literatura "perversa").

Se entregan, por fin, en menor grado a la masturbación y son más reticentes a su respecto.

Pero Kinsey comete el error de atribuir estas diferencias pura y simplemente a un mayor respeto popu-

lar a ciertos tabúes, dado que ellas se explican también por una mayor convivencia con la naturaleza, una menor intervención de la actividad cerebral y de las adquisiciones culturales en la sexualidad de las grandes masas. Es verdad, sin duda, que también el pueblo es prisionero de tabúes, pero menos que las pretendidas *élites* y solamente en la medida en que la religión los subyuga todavía, y en la medida también en que se esfuerzan en imitar las actitudes de las clases dirigentes. Pero los tabúes no han prendido en el pueblo más que de una forma superficial. Su sexualidad permanece fundamentalmente "pagana". El pueblo, librado a sí mismo, hace el amor a la manera de *Clochmerle* (*). La revolución sexual, como su gemela, la revolución social, será la obra del pueblo.

* Referencia a la novela *Clochmerle*, de Gabriel Chevalier, que describe la liberalidad desprejuiciada de la vida social y sexual en una aldea francesa. Hay versión castellana. (N. del T.)

V

Kinsey enjuicia al puritanismo

1 — *La sexualidad en conflicto con los tabúes*

Sigamos ahora a Kinsey en su descripción del dramático conflicto que opone al formidable poder del sexo el formidable poder del puritanismo.

La moral anti-sexual, proclama no sin coraje nuestro autor, es de origen religioso. A pesar de que la influencia de la iglesia en la represión de la sexualidad es en nuestros días indirecta, dado que está confiada a tribunales no eclesiásticos, los antiguos códigos religiosos siguen siendo a pesar de todo la fuente principal de los hábitos, las ideas, las aspiraciones y las concepciones racionales en base a las cuales un gran número de individuos regulan sus costumbres sexuales. Muy a menudo, el individuo no tiene conciencia de esta filiación, aun cuando se jacte de no estar influído en ninguna forma por reglas religiosas. Y sin embargo, al profesar, como decimos en Francia, un "laicismo" intransigente, al imaginarse, de buena fe,

que ha elegido por sí mismo la moral más satisfactoria, más utilitaria y justa, no hace, en el fondo, más que adaptarse, sin saberlo, a las tradiciones milenarias de origen hebreo y cristiano. Como ya lo escribía Wilhelm Reich y como lo repite el doctor Hesnard en una obra reciente, los tabúes se han "interiorizado" y sobreviven, se reproducen en el individuo. De la misma forma que el explotado (cuya conciencia de clase no ha despertado aún) aprueba el orden económico que garantiza su explotación, el oprimido sexual, todavía no plenamente consciente de sus derechos, acepta, o, al menos, se somete al orden sexual que lo priva de las válvulas de escape de las que tiene tan urgente necesidad.[55]

De todos los crímenes perpetrados por el puritanismo, el más abominable es sin duda el de haber enraizado de tal forma en los seres humanos, desde la más temprana edad, la obsesión paralizante del mancillamiento carnal. [56]

Pero Kinsey no se ha preguntado por qué la sociedad moderna se ha obstinado en tal forma en perpetuar tabúes milenarios y totalmente fenecidos. No tuvo

[55] Wilhelm Reich, *Der Einbruch der Sexualmoral*, Berlín, 1932, p. 132-33; doctor Hesnard, *Morale sans péché*, 1954.

[56] He conocido personalmente jóvenes norteamericanos sanos de cuerpo y espíritu, no creyentes, abiertos a las ideas liberales y aún socialistas, pero que no lograban liberarse de esta obsesión. Uno de ellos tenía una relación regular; se encontraba con su amiguita una vez por semana, en un día fijo; pero a pesar de que no tomaba nunca alcohol, le era necesario, cada jueves a la noche, proveerse de su porción de whisky para vencer las tenaces inhibiciones que le provocaban los asuntos carnales.

curiosidad de investigar las bases materiales del puritanismo, esclarecidas sin embargo en una forma tan brillante por su compatriota V. F. Calverton. [57] Mientras que la aristocracia no permitía que la moral cristiana la obstruyese, no respetándola más que en teoría y permitiendo, en la práctica, la mayor licencia sexual, la burguesía por su parte, tuvo necesidad del ascetismo cristiano para amasar riquezas, por un prolongado esfuerzo de paciencia, de previsión, de orden, de ahorro, de frugalidad, de trabajo. El puritanismo no ha sido otra cosa que un mecanismo de defensa destinado a proteger una concepción de la propiedad privada gracias a la cual la burguesía se ha arrogado el poderío económico y luego el poder político.

Pero la actitud de la burguesía ante la sexualidad es bivalente. La explotación comercial del amor permite amasar mucho dinero. Hombres "mojigatos" no vacilan en financiar la edición de libros obscenos, la producción de películas sugestivas, de periódicos licenciosos. Pero, sobre todo, siendo el *sex appeal* el mejor cebo publicitario, los hombres de negocios puritanos lo utilizan para colocar su baja mercancía. En Estados Unidos donde este frenesí está más difundido que en cualquier otra parte, una invasora publicidad comercial despierta a cada instante el deseo del macho. Mientras se le prohiben actividades sexuales extraconyugales, es sometido por esta publicidad a la exci-

[57] "Sex and social struggle", en *Sex and Civilization*, cit.

tación más groseramente provocadora que el mundo haya jamás conocido. El estímulo erótico está puesto al servicio del negocio. El desnudo femenino es corriente en los periódicos y en los afiches. Muchachas muy "sexy" invitan incansablemente a comprar. Los senos, los muslos visibles hasta un calculado punto o bastante aparentes como para provocar efecto, son regimentados, como los "hombres-sandwich", para acrecentar la cifra de los negocios y de los beneficios. No se tiene el derecho de tocar a la Mujer (salvo la esposa), pero su imagen está presente en todos lados. La "pin-up girl" es ofrecida al joven varón como substituto de la compañera real. Fr. Paulhan observaba ya en el año 1920 que: "Al organizar la provocación del deseo, se le prohibe manifestarse". [58]

Y cuando más se magnifica la gran manifestación de senos y muslos, en mayor medida el puritanismo de la burguesía se hace, por el contrario, extremista en sus reparos, vejatorio y fanático. Es así que en Inglaterra, según Kinsey, la capacidad erótica de los jóvenes era reconocida y más bien ampliamente admitida, hasta la era victoriana. El problema de la adaptación sexual se ha agravado singularmente en el curso de los últimos cien años, en Inglaterra y en Estados Unidos bajo la creciente influencia de las restricciones morales. El cierre, en los Estados Unidos, de muchas casas de prostitución, como conse-

[58] Op. cit., p. 153-154.

cuencia de recientes campañas, ha dado por resultado que las condiciones en las cuales se efectúan las relaciones sexuales son aún menos satisfactorias para el joven de hoy que lo que lo fueran para el de la generación precedente.

Tal es también la opinión de nuestro gran sexólogo francés René Guyon. En sus *Études d'éthique sexuelle*, afirma que la ofensiva puritana es relativamente reciente. Los prohibicionistas, dice, han conocido sus más grandes triunfos en el curso de los últimos cien años y han introducido en las leyes sanciones penales cada vez más exigentes, extendidas y draconianas contra los que se oponen a la "moral sexual" corriente.

Pero tanto Kinsey como Guyon se han equivocado al no poner de manifiesto la relación que existe entre el apogeo de la civilización burguesa y la moderna recrudecencia del puritanismo. El doctor Henri Planche está acertado cuando escribe que esta "increíble hipocresía" no se ha "desarrollado, en realidad, más que en el curso del siglo XIX y no ha tenido tanto peso jamás en la historia como en la segunda mitad de ese siglo". "*Es verdaderamente*, agrega, *un fenómeno puramente burgués*." [59]

[59] Op. cit., p. 89. La "hipocresía" en cuestión alcanzó su nivel máximo en el siglo XX y no en el siglo XIX. He aquí algunos ejemplos: como consecuencia de los acuerdos de Letrán de 1925, concluídos entre Mussolini y el Vaticano, la sección llamada "secreta" del Museo de Nápoles fué clausurada, y no fué reabierta jamás; en Francia, mi generación pudo apreciar todavía las estatuas del parque de Versailles sin la ridícula hoja de parra que las afea hoy; en

Wilhelm Reich ha propuesto una explicación materialista de este fenómeno que me parece válido y que coincide con las conclusiones de mis propios trabajos. [60] Considera que en Francia, más que en el resto del mundo, la burguesía ha roto con la moral religiosa en el curso (o a continuación) del gran movimiento de liberación humana que constituyó la Revolución Francesa. La burguesía se esforzó en esa oportunidad en oponer a la moral de la Iglesia una moral sexual más liberal. Pero, una vez alcanzado el poder ambicionado, se "convirtió en reaccionaria"; "se reconcilió con la religión de la cual tenía necesidad para mantener en la opresión al proletariado aparecido mientras tanto, y retomó, incluso, bajo una forma algo modificada, pero en el fondo intacta, la moral sexual de la iglesia". [61]

Nosotros hemos vivido recientemente, en Francia, los últimos efectos de esta evolución. El retorno al poder del catolicismo con el Mariscal Petain primero, y con el Movimiento Republicano Popular luego, tuvo por resultado una agravación de las leyes antisexuales [62] y la supresión de las casas de prostitución, medida sana en un sentido, pero que hace más

---

Tolón, las mujeres que desean visitar el Arsenal no son admitidas, desde el verano de 1954, cuando se presentan en "short", y nuestra Marina nacional les pide que se provean de una falda o un delantal en un café vecino.

[60] *La lutte de classes sous la Première République*, 1946.

[61] "Materialismo dialéctico y psicoanálisis", *en La Crise sexuelle*, traducción francesa, 1934, p. 184.

[62] Ver apéndice, Nº 2, pág. 133.

difícil, más onerosa y más aleatoria la actividad sexual de los hombres mientras no tengan libre acceso a las mujeres. [63]

2 —*El drama de la adolescencia*

Esta agravación reciente del puritanismo perjudica particularmente a los jóvenes, pues Kinsey ha establecido, para sorpresa de mucha gente, que la adolescencia es precisamente la edad en la que la capacidad sexual bate todos los records. El máximo en la frecuencia de las actividades sexuales no se sitúa, como se imaginaba comúnmente, en los veinticinco años más o menos, o incluso más tarde aún, sino *entre los 13 y los 19 años*. Casi todos los adolescentes se excitan hasta la erección numerosas veces por semana, y muchos de ellos varias veces por día. A causa de este constante ardor y en la incapacidad de poder llegar al orgasmo, estos jóvenes sufren serios trastornos nerviosos.

En las niñas, el despertar de la sexualidad es más

[63] A este respecto, es lamentable no encontrar en Kinsey un análisis dialéctico de la prostitución, detestable por tener su raíz en la desigualdad social y en el poder del Dinero, pero que, sin embargo, es, mientras la sociedad burguesa no sea reemplazada por una sociedad mejor, la única válvula de seguridad desde el punto de vista sexual (para el varón solamente). Por otra parte, la prostitución no es más que un caso particular, un caso extremo, de un fenómeno mucho más vasto. En la sociedad capitalista, casi todas las relaciones sexuales sufren, más o menos, la ingerencia del Dinero. Prohibirlas y menoscabarlas, en nombre de un idealismo inmaterial, cada vez que hay una duda sobre el "desinterés" de alguno de la pareja, ¿no significaría el ayuno sexual para las nueve décimas partes del género humano?

tardío, pero la edad fisiológica media en la que comienza la adolescencia es en ellas un poco más precoz que en los niños (doce años y medio en lugar de trece años y medio) y, desde esa edad, alrededor del 30% de ellas son excitadas eróticamente de una forma u otra.

Y sin embargo, la sociedad hecha un cerrojo implacable a la sexualidad justamente en la época de la vida en la que los seres humanos tendrían más necesidad de manifestarse libremente. La sociedad proclama que el deseo sexual es "inmoral" y que constituye un "pecado" hasta el día del matrimonio; y, por otra parte, posterga el matrimonio durante largos años con el pretexto de que el joven no es todavía apto para asumir las responsabilidades de un hogar. Kinsey hace notar que 35 de los 48 estados que componen los Estados Unidos castigan, en sus códigos, las relaciones sexuales pre-conyugales. A pesar de que estas leyes escandalosas no logran arrinconar la sexualidad, la obligan sin embargo, al precio de penosos conflictos psicológicos, a manifestarse en una forma clandestina e ilegal. Puede afirmar que por lo menos el 85% del total de los varones infringen las leyes antisexuales. La gran mayoría de los padres y educadores se muestran incapaces de comprender el problema que deben afrontar los muchachos que arden con un fuego permanente, en conflicto con reacciones biológicas que, a pesar de ser normales, están privadas de posibilidades de expansión.

Sin embargo, Kinsey se abstiene de ir hasta el fondo del problema. Leyéndolo, pareciera que el lapso de varios años que media entre la madurez sexual real y la edad en la cual la sociedad se decide por fin a admitirla, se ha debido a la ignorancia o a la incapacidad de las personas de edad para comprender las necesidades sexuales de la juventud. En ningún momento sugiere que pueda tratarse de un sistema de opresión de la juventud lógico y deliberado, del cual la sociedad patriarcal y burguesa tiene necesidad para afianzar sus instituciones esenciales: la propiedad privada, el matrimonio, la familia. Wilhelm Reich [64] ha demostrado que las sociedades primitivas prepatriarcales no conocían la "miseria sexual de la juventud". Mientras que Kinsey, preocupado por mantener a flote la institución del matrimonio, tiene tendencias a sostener que la libertad sexual antes del matrimonio sería necesaria para hacer a éste más feliz, Reich se basa en estadísticas soviéticas que establecen, por el contrario, que la infidelidad conyugal está en relación directa con la precocidad de las relaciones sexuales preconyugales. Si, como lo demuestran estas cifras, las actividades sexuales precoces harían inapto el matrimonio concebido, en el espíritu de la moral burguesa, se comprende entonces mejor por qué la continencia de la adolescencia es considerada por la sociedad patriarcal, burguesa y cristiana, como un prefacio indispensable a la vida conyugal.

[64] *Der Einbruch der Sexualmoral*, cit.; *La Crise sexuelle*, cit.; *La fonction de l'orgasme*, cit.

Reich considera que la supresión de la sexualidad adolescente tiene igualmente por objeto mantener a los jóvenes en un estado de sumisión a los padres y a los adultos en general. En realidad, si tal es la intención, tiene a menudo un resultado contrario: convierte a los jóvenes en antisociales, los hace revoltosos, y a veces, incluso, como los procedimientos de nuestros modernos "J 3" lo ilustran, delincuentes y criminales. Pero, ¿de quién es la culpa?

Todos se sienten hoy condescendientes, con una solicitud más o menos afectada, con respecto a las aspiraciones de nuestra juventud. El primer regalo que debe hacérsele (paralelamente con la satisfacción de sus reivindicaciones económicas más urgentes), es la plena libertad sexual. [65]

3 — *El drama de la mujer frígida*

Otro de los grandes defectos del patriarcado es el drama de la mujer frígida. En este punto, las cifras son terriblemente edificantes.

De acuerdo con las estadísticas de Kinsey, el 37% de las mujeres casadas no llegan al orgasmo en el transcurso del primer año de matrimonio, el 29% luego de cinco años de matrimonio, el 23% luego de diez años, el 19% luego de quince años, el 15% luego de veinte años de matrimonio.

[65] Ésta implica, bien entendido, la venta libre y el libre uso de los medios anticonceptivos, a fin de evitar los embarazos prematuros y las paternidades precoces, que tienden a convertirse en la actualidad en un suceso corriente.

Hay mujeres que no han logrado llegar al orgasmo después de 28 años de vida conyugal, otras han estado casadas y se han divorciado, dos, tres, cuatro veces, antes de encontrar un esposo con el cual pudieron llegar al orgasmo.

Se plantea aquí un problema: ¿de quién es la culpa?

En primer lugar, del egoísta marido patriarcal, que consideraba a su esposa como un simple objeto de expansión sexual sin tomarse siquiera el trabajo de procurarle placer.

En segundo lugar, de la prohibición a la mujer del coito preconyugal. Para Kinsey este factor es uno de los más importantes. Entre las mujeres que han permanecido vírgenes hasta su matrimonio, solamente el 25% pudieron alcanzar el orgasmo en el transcurso de su primer año de matrimonio, en comparación con el 45 a 47% de mujeres que se habían permitido experiencias preconyugales. Hay de tres a cinco posibilidades contra una de que una muchacha que no haya conocido el orgasmo antes del matrimonio no logre llegar a él una vez de casada. Y Kinsey, que está obsesionado por la idea de reformar el matrimonio, cree estar en condiciones de afirmar que una experiencia precoz del orgasmo contribuye directamente al éxito sexual del matrimonio.

Tanto la prohibición del coito preconyugal como el tabú que envuelve a la masturbación, contribuyen a provocar la frigidez de la mujer en el matrimonio. Una tercera parte de las mujeres que no se habían

masturbado jamás antes del matrimonio, o que no habían llegado al orgasmo por medio de él, se muestran incapaces de lograr el orgasmo en el curso de los primeros cinco años de su matrimonio. Por el contrario, sólo del 13 al 16% de las que se habían masturbado hasta el orgasmo antes de casarse, se muestran totalmente indiferentes en los primeros años de su vida matrimonial. Kinsey cree necesario concluir que la experiencia de la masturbación preconyugal contribuye a preparar a la mujer para el matrimonio. El defecto, en una forma más general, debe atribuirse, según él, a la educación moral que se da a las jóvenes, por la cual se sienten inhibidas e impedidas de reaccionar hasta alcanzar el orgasmo. Este bloqueo a sus reacciones sexuales les provoca trastornos psicológicos. Las inhibiciones afectan muy particularmente a las mujeres de las capas llamadas "superiores". Si, antes del matrimonio, todas las muchachas son inhibidas, cualquiera sea su nivel de instrucción, en su deseo de experimentar el contacto sexual, las mujeres casadas de las clases "superiores" son las que tienen más tendencia a desinteresarse del comercio carnal y a acusar a sus maridos de falta de consideración, de ser lúbricos, lascivos, perversos.

Los daños son mucho más extendidos entre las personas que se entregan a prácticas religiosas. Así como los hombres devotos tienen una actividad sexual que alcanza apenas los dos tercios de la de los otros hombres, las mujeres católicas devotas conocen su primer orgasmo seis o siete años más tarde que

las otras mujeres. El 21% de ellas no logran llegar al orgasmo antes de los 35 años, a pesar de que la mayor parte son casadas y tienen relaciones conyugales regulares. En cambio, sólo el 2% de las mujeres católicas no beatas no han descubierto aún el orgasmo a esta edad tardía. A pesar de que entre las protestantes devotas este fenómeno es menos acusado que entre las católicas, el 15% de ellas no han conocido el orgasmo a la edad de 45 años mientras que esto mismo sucede sólo con el 5% de las protestantes no beatas. [66]

Pero Kinsey hubiera podido destacar aquí que solamente la mujer blanca occidental es víctima del drama que describe. La mujer primitiva no es (o no era) frígida, y es el patriarcado el que le ha hecho perder una parte de sus aptitudes sexuales, al asegurar la monogamia y la reproducción de la especie sin que haya necesidad de que la mujer participe en el placer erótico, mientras que en el estado natural, o en el matriarcado original, el erotismo de la mujer es (o era) necesario para la fecundidad de la especie. [67]

4 — *El drama de la escisión entre la ternura y el deseo*

Otro mal que origina el patriarcado consiste en la escisión entre la ternura y el deseo. Se conoce con qué

[66] Sería interesante saber si, en Francia, no se obtendrían resultados inversos, que mostraran a las protestantes beatas más inhibidas aún que las católicas beatas.

[67] Cf. Dr. K. A. Wieth-Knudsen, *Le Conflit des sexes dans l'évolution sociale et la question sexuelle*, traducción francesa, 1931, p. 69.

acentos inolvidables André Gide, hijo de burgueses protestantes, ha confesado este drama que constituyó la clave de su vida y de su obra. [68] El amor está reservado a la mujer ideal, a la que se venera como a una madre o como a una hermana, pero a la que no se desea. El deseo sexual es un pecado que se comete en una ambivalencia de delectación y de vergüenza con las otras mujeres — las mujeres "malas" —(cuando no con los muchachos). Freud ha descripto esta escisión en una forma más científica, pero cometió un error al considerarla como un accidente, como una anomalía, de la que se verían afectados sólo aquellos que no han logrado, en un cierto momento de su desarrollo, realizar la conjunción "normal" hacia el objeto sexual de dos corrientes: la de la ternura y la de la sensualidad. [69] Se obstina en no ver que el mal que analiza es, en realidad, un producto de la sociedad patriarcal y burguesa. Robert Briffault no es más clarividente y atribuye este dualismo, equivocadamente, a una pretendida oposición biológica permanente e irremediable entre el impulso sexual masculino, brutal y sádico, y la ternura que derivaría del amor maternal. [70]

Kinsey, a pesar de que no hace más que rozar el tema, ve un poco más claro. Después de haber des-

[68] "Yo me había decidido a disociar el placer del amor" (*Si le grain ne meurt*, p. 289). Cf. Dr. Henry Planche, op. cit.

[69] Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, traducción francesa, 1923; *Essais de psychanalyse*, traducción francesa, 1951.

[70] Robert Briffault, *The Mothers*, 3 volúmenes, New-York, 1927, I, 118-121.

tacado que el respeto puritano a la mujer "decente" inhibe a algunos hombres en sus relaciones conyugales, agrega que éstos deben recurrir a prostitutas y a amantes, más bien que a sus esposas, para procurarse la satisfacción sexual. Y sugiere que son los códigos por medio de los cuales la sociedad ha subyugado a la mujer, los que han derivado hasta este punto la sexualidad masculina hasta la prostitución.

Pero se abstiene de sugerir que una sociedad que haga cesar la alienación del hombre pondrá fin también al dualismo artificial que, aún hoy, lo desgarra. En el mundo racional y más natural que apunta en el horizonte, se desvanecerán las causas que han ensombrecido la vida de un André Gide y producido un libro tan atroz como *Et nunc manet in te.*

5 — *El drama de la vejez*

Como lo subraya René Guyon, el deseo sexual sobrevive a menudo en los viejos hasta muy tarde y la organización social actual les reserva un "trágico destino". Kinsey, que dispone de datos estadísticos más precisos es de la misma opinión.

Para el varón de edad avanzada le es cada vez más difícil encontrar compañeras, sobre todo compañeras seductoras y jóvenes. Debe pues, cada vez más, recurrir, en sus relaciones extra-conyugales, a prostitutas.

Por otra parte, nuestro autor manifiesta conmiseración por los ancianos que son condenados por "aten-

tados al pudor". Estos pobres viejos serían, la mayor parte de las veces, incapaces de coitos o de violaciones, y los actos sexuales realizados con menores que ocasionan su envío a prisión se limitarían, en la mayoría de los casos, dice, a caricias inofensivas.

Luego, demuestra (como ya lo ha visto el lector) que la capacidad sexual de la mujer declina mucho menos que la del hombre, y que se mantiene en un nivel elevado hasta los sesenta años. Hay septuagenarias e incluso octogenarias que no han perdido nada en sus aptitudes y Kinsey cita un caso de nonagenaria capaz de llegar al orgasmo con una frecuencia que variaba entre una vez por semana y una vez por mes.

Y luego, está la lamentable suerte de las viejas solteronas. El 28% de las mujeres no casadas interrogadas por Kinsey no han experimentado el orgasmo jamás en el curso de su vida. La existencia de un grupo tan importante de mujeres privadas de toda posibilidad de liberación sexual plantea, según Kinsey, un problema social de cierta importancia. Los literatos nos lo habían dicho ya hace mucho tiempo.

6 — *El drama de los quasimodos*

Está también el drama de aquellos a los que la naturaleza no ha dotado de físico para ser deseados. Kinsey destaca que las personas feas, deformes, sordas, ciegas, enfermas (¡y Dios sabe cuántos hay!) tienen las más grandes dificultades para encontrar pareja sexual. Las víctimas de estas deformaciones

se ven reducidas, con la mayor frecuencia, a la soledad del autoerotismo. Su frustración los agobia y les ocasiona transtornos físicos graves. Sólo una prostituta acepta tener relaciones con individuos de físico desagradable o repugnante. En el estado actual de las costumbres, iniciar la guerra a la prostitución, equivale a cerrar a estos desdichados la última salida. Quedamos en la espera del advenimiento de una sociedad liberada del envilecimiento del Dinero y en la que el egoísmo habrá cedido lugar a la fraternidad...

7 — *El drama de la homosexualidad*

Otro drama de nuestra sociedad moderna, patriarcal y puritana, constituye la condenación de la que es objeto la homosexualidad por la opinión pública, y a menudo por las leyes. [71]

Kinsey ha demostrado, por otra parte, que la homosexualidad es natural y hasta qué punto está extendida. El tabú que la estigmatiza es pues, a la vez, un desafío a la naturaleza y una tragedia de la que son víctimas millones de seres humanos. Y, entre ellos, los más dotados intelectualmente, dado que nuestro actor piensa que la precocidad sexual pre-

[71] Las leyes de todos los Estados que componen los Estados Unidos penan en parte o en su totalidad los actos homosexuales. Para más detalles, *The Sex Paradox*, New-York, 1953. Ver, por comparación, el apéndice Nº 2 sobre la persecución de los homosexuales en Francia.

dispone a la vez a la homosexualidad y a la genialidad. [72]

Este tabú está lejos de tener un carácter universal y sólo hace estragos en ciertas civilizaciones. Hay grupos sociales, dice Kinsey, que no son particularmente hostiles al homosexualismo masculino, y otros incluso que favorecen abiertamente este comportamiento en los varones jóvenes antes del matrimonio y, en una cierta medida, después. En las civilizaciones que han precedido a la de Israel, entre los ititas, los caldeos y los judíos más antiguos, la homosexualidad no estaba totalmente condenada, sino solamente entre ciertas personas determinadas y cuando se acompañaba del uso de la fuerza.

El tabú anti-homosexual sólo aparece en la historia de Israel hacia el siglo VII a. J. C. con el retorno del cautiverio de Babilonia. En la ola de nacionalismo que surgió entonces en el seno del pueblo judío, éste trató de romper su identificación con sus vecinos desprendiéndose de numerosas costumbres que había anteriormente compartido con ellos. Muchas de las condenas talmúdicas se fundaron sobre el hecho de que tales actividades eran practicadas por los cananeos, los caldeos, los paganos, y estas actividades fueron perseguidas en su origen, por ser consideradas más como idolatría que como crimen sexual.

Es muy interesante el hecho de que la fecha propuesta por Kinsey coincida con la que Charles Autran,

[72] El doctor Henri Planche subraya hasta qué punto la sexualidad del joven Gide fué "intensa y precoz" (op. cit., p. 63).

autor quizás más original que científico, señala para el momento en que el pueblo judío se sumerge en la dictadura religiosa, en la obsesión de la pureza, en un ritualismo cada vez más formalista y detallista. [73]

El tabú anti-homosexual de los judíos de la decadencia fué introducido en los códigos cristianos por los primeros miembros de la Iglesia, entre ellos San Pablo, que había sido educado en la tradición judía en materia sexual, y, del derecho eclesiástico de la Edad Media, ha pasado directamente a los códigos penales británicos, y a las leyes de diversos estados de los Estados Unidos.

Pero ¿por qué este tabú? Kinsey no hace más que rozar esta cuestión, pero lo suficientemente como para sugerirnos su correlación con el patriarcado. Hace notar que las condenas talmúdicas conciernen solamente al hombre y que se hace raramente mención de la homosexualidad femenina. En la Europa medieval, las penas capitales infligidas a hombres que fornicaron con otros hombres son innumerables, mientras que los casos de mujeres condenadas por haber mantenido relaciones con otras mujeres son muy raros. Al preguntarse el porqué de esta diferencia de trato hacia las dos homosexualidades, Kinsey observa, entre otras cosas, que en las antiguas civilizaciones patriarcales las mujeres eran socialmente menos importantes que los hombres y sus actividades privadas más o menos ignoradas. Hace notar también que, en

[73] Mithra, *Zoroastre et la préhistoire aryenne du christianisme*, 1935.

nuestros días, la homosexualidad masculina llama más a menudo la atención pública, compromete con mayor frecuencia la aptitud para el matrimonio del hombre que de la mujer, y, sobre todo, para el matrimonio durable, y puede aparecer por lo tanto (equivocadamente) como perjudicial para la reproducción de la especie. Observa por fin que el afeminamiento es mal visto por una opinión pública que tiene tendencia a representarse a todos los homosexuales como "maricones".

Pero Kinsey no extrae de sus comprobaciones la conclusión lógica: a saber, que la sociedad patriarcal, que se basa en la doble autoridad del hombre sobre la mujer y del padre sobre sus hijos, otorga la primacía a los atributos y comportamientos viriles, o considerados como tales. La homosexualidad es perseguida porque sacude este andamiaje con la mayor severidad dado que la mayor parte de los hombres están predispuestos a ella. Kinsey confirma esto último cuando comprueba que el número de hombres que tienen miedo de sus propias tendencias homosexuales es mucho más elevado que el de las mujeres agobiadas por las mismas aprensiones. *A esto se debe que numerosos varones condenen las actividades homosexuales en su propio sexo mucho más severamente que en las mujeres.*

Tampoco siente Kinsey la curiosidad de preguntarse por qué la homosexualidad *pasiva* es reprobada mucho más enérgicamente que la homosexualidad *activa*. Al esquivar esta cuestión tan interesante, él

mismo se dificulta el descubrir nuevas relaciones entre el patriarcado y la homosexualidad. No capta que el desprecio de que es objeto la mujer en las sociedades de este tipo está sin duda en correlación con el mayor repudio por el acto homosexual pasivo. Es sin duda su *femineidad*, su traición a la virilidad considerada como "superior", lo que no se perdona al invertido.

Kinsey nos da algunas indicaciones sobre los estragos producidos por el tabú anti-homosexual. Sin duda, no llega al patetismo de un Marcel Proust cuando evoca esta "raza sobre la que pesa una maldición y que debe vivir en la mentira y el perjurio, porque sabe que su deseo, que constituye la más grande dulzura de vivir para toda criatura, es considerado como inconfesable y vergonzoso y susceptible de ser castigado", y cuando compadece el destino de estos seres que "son justamente atraídos por un hombre que no tiene nada de mujer, por un hombre que no es invertido y que, en consecuencia, no puede amarlos. De manera que su deseo no podría ser jamás saciado, si el dinero no les procurase verdaderos hombres".[74] Pero Kinsey, a pesar de que dramatiza un poco menos, ve también un poco más claro. Así, por ejemplo, el sabio se manifiesta menos convencido que el novelista de que los no-invertidos sean atraídos por el invertido sólo por interés mercantil. Piensa, por el contrario, basándose en los resultados de su encuesta, que la

[74] *Sodome et Gomorrhe*, I, éd. 1921, p. 267-68.

mayor parte de los "heterosexuales" tienen, respecto a los otros hombres, reacciones psíquicas mucho más fùertes de las que quisieran admitir. La presión de la sociedad, tan violentamente hostil a la homosexualidad, les induce a persuadirse que son completamente heterosexuales y se niegan a atribuir méritos, aunque más no sean estéticos, a otros hombres. Pero, cosa curiosa, los mismos hombres que insisten sobre el hecho de que no son "de ninguna manera excitados" por las relaciones homosexuales tienen, según dice Kinsey, erecciones y eyaculan en esas ocasiones. Y aun aquellos que se benefician pecuniariamente de tales relaciones, no son tan indiferentes como lo sugiere Proust. Cuando, en ocasiones, golpean a su pareja luego del orgasmo, se debe, piensa Kinsey, a que encuentran en ello una especie de placer sádico y a que la paliza administrada les aligera de un "remordimiento" o les tranquiliza sobre la integridad de su "heterosexualidad".

Entre los daños causados por el tabú homosexual, Kinsey menciona el florecimiento de "abusadores" que, luego de haber obtenido placer en relaciones sexuales con invertidos, los martirizan e, incluso, los asesinan, escapando a todo castigo legal bajo el falaz pretexto de que se han protegido ante "insinuaciones sexuales indecentes". Observa también que la trasgresión, siempre peligrosa, de las conveniencias sexuales, envenena toda relación sincera entre dos hombres y que los obstáculos que les opone la sociedad engendran discordias de todo género entre ellos, reduce las

ocasiones de relaciones felices, permitiéndoles sólo una efímera felicidad. Destaca también el ostracismo del que es víctima el varón homosexual en el universo femenino. Más de la mitad de las mujeres sienten repugnancia de mantener relaciones con un hombre que se haya entregado a la homosexualidad, obligando así a un individuo, por el sólo hecho de que ha probado ese fruto prohibido, a nutrirse de él en adelante, en forma exclusiva. [75]

Para legitimizar el dañino tabú, se arguye que la homosexualidad afectaría la procreación, presentada, para necesidad de la defensa, como la función sexual primordial. Se pretende, dice Kinsey, que la generalización de la homosexualidad pondría en peligro la existencia de la especie humana y que no estaría asegurada la integridad del hogar y la organización sexual si dicha actividad no fuese condenada por los códigos morales y la opinión pública y castigada por las leyes. Este argumento pasa por alto el hecho de que las especies de mamíferos existentes han logrado sobrevivir a pesar de su actividad homosexual intensa, y que las relaciones sexuales entre varones parecen ser corrientes en ciertas civilizaciones, las que, sin embargo, se sienten más preocupadas por el problema de la superpoblación que amenazadas por la despo-

[75] Kinsey habría podido hacer notar también que la persecución de los homosexuales lleva a éstos a replegarse en masonerías cerradas, que tienen sus ritos, su léxico propio, su santo y seña, y a diferenciarse, aislarse del resto del género humano. Cf. el artículo de su compatriota Robert Duncan: *"The homosexual in society"*, *Politics*, agosto de 1944.

blación y donde, hecho verdaderamente interesante, la institución de la familia es muy fuerte. Y nuestro autor deduce que la condenación general de la homosexualidad en nuestra civilización no tiene nada que ver con la protección del individuo o la preservación de la organización social existente.

Pero, queriendo refutar los argumentos de los adversarios de la homosexualidad, Kinsey comete el error de restar importancia a la relación que existe entre el patriarcado y el tabú homosexual.

El hecho de que ciertas civilizaciones prolíficas toleren la homosexualidad no prueba que ésta pueda convivir armoniosamente con la concepción patriarcal y burguesa de la familia. Es exacto que las civilizaciones patriarcales que padecen de exceso de población (como las sociedades islámicas) se muestran más indulgentes a su respecto que las que, como la antigua civilización judía, temen la despoblación. Pero Kinsey no se da cuenta que las organizaciones patriarcales prolíferas, del tipo musulmán, son sólo indulgentes respecto a la homosexualidad *activa y no exclusiva*, considerada como "viril", y, por el contrario, son tan severas como las otras con respecto a la homosexualidad pasiva y exclusiva, considerada como "femenina".

En fin, es científicamente inexacto y socialmente peligroso permitir que se acredite la idea que la reprobación de la homosexualidad en nuestra sociedad actual, burguesa y capitalista, se debe a un simple azar histórico, a un legado intempestivo de nuestros

antepasados espirituales de Israel, legado que nosotros habríamos aceptado a la ligera por la inercia de la rutina. En realidad, la sociedad presente trata con rigor la homosexualidad debido a que se esfuerza en apuntalar el agrietado edificio de la familia burguesa y cristiana. En Estados Unidos, en particular, se trata, sobre todo, de impedir a cualquier precio que los jóvenes a los que se priva más o menos de verdaderos coitos antes del matrimonio o fuera de él, soslayen esta prohibición tomando a otros varones como objetos sexuales. Cuando el viento sopla con una fuerza irresistible, le es imposible a una sociedad que hecha el cerrojo a una puerta, no hacerlo, con el mismo celo, con todas las otras.[76]

8 — *El drama de la represión y de la culpabilidad*

Pero no es la sexualidad en sí misma lo que hace daño, sino su represión, proclama Kinsey. Y reduce

[76] Sin embargo, si en la Norte América puritana, la homosexualidad es teóricamente perseguida por las razones que acaban de ser enunciadas, debe *reconocerse* que en la práctica es tolerada y aún tácitamente estimulada por diversas instituciones consagradas a la juventud, tales como las uniones cristianas de jóvenes (Y.M.C.A.), en la medida en que es considerada como una pillería sin consecuencia, como una válvula de seguridad más bien inofensiva, capaz de desviar a los muchachos del único "pecado" verdaderamente "abominable": la introducción (con el consiguiente riesgo de fecundación de la mujer antes del matrimonio). Pero el cálculo se vuelve contra sus autores: numerosos varones norteamericanos, condicionados de tal forma, continúan durante toda su vida temiendo el pretendido "mancillamiento" de la mujer... y prefiriendo al hombre.

a la nada todas las supersticiones según las cuales las diversas formas de la actividad sexual serían físicamente dañinas. Estas actividades son, en realidad, *inofensivas*, y el mal proviene de los sentimientos de culpabilidad, de vergüenza, de temor, de remordimientos con los que las ha revestido y envenenado el puritanismo.

De no ser por este último, el preadolescente no se sentiría trastornado, piensa Kinsey, cuando por casualidad alguien se tocase delante de él los órganos genitales. Se debe al hecho de haber sido advertido sin cesar por sus padres y educadores contra todo contacto con adultos desconocidos, sin que se le haya explicado la naturaleza de los pretendidos "peligros" a los que se expone, el que se convierta en un histérico cuando se le acerca un adulto, le dirige la palabra, bromea con él, le propone alguna tarea común, aun cuando esta proposición no implique una intención sexual.

De la misma forma, el principal inconveniente que puede derivar de la masturbación es la angustia que experimenta el que se entrega a ella al pensar en sus pretendidos peligros y la lucha que está obligado a librar consigo mismo.

De la misma forma también, se debe a la prohibición de las relaciones preconyugales o extraconyugales, el que sean nocivas y penosas, debiendo la pareja darse a ellas con apuro, en el miedo de ser descubiertos y en condiciones materiales de clandestinidad poco confortables.

De la misma forma, por fin, la mayoría de los homosexuales no busca el varón debido a que están "neurotizados", pero su neurosis proviene del terrible ostracismo con que los castiga la sociedad.

Los individuos particularmente tímidos e inhibidos, nos dice Kinsey, *se vuelven paranoicos* por temor de violar la moral corriente o por miedo a las consecuencias de una actividad sexual cualquiera. Toman por verdades demostradas todas las supercherías, y atribuyen el más insignificante grano o el menor dolor de estómago, su pequeña estatura, sus fracasos escolares o comerciales, a la infracción ocasional de tabúes de la que se habrían hecho culpables. Recurren entonces a la confesión religiosa, a la penitencia, a la soledad, a la introversión.

Cuando no se refugian en la religión —y tienen el privilegio del bienestar económico— se hacen "psicoanalizar". Como lo escribe René Guyon, el psicoanálisis es un remedio para sociedades afectadas de morbosidad antisexual. A pesar de que este "remedio" es un poco menos negativo que el de la iglesia, está lejos, sin embargo de solucionar los dramas causados por el puritanismo. En primer lugar, los psicoanalistas conscientes emplean con extrema prudencia el verbo *curar*. Cuando no logran modificar sensiblemente los comportamientos sexuales en oposición con las prohibiciones sociales, se esfuerzan, al menos, en desarraigar el sentimiento de culpa en el paciente, es decir en hacerle aceptar su destino y de atenuar, en la medida de lo posible, la virulencia de las neurosis engendra-

das por el conflicto entre la libido y las prohibiciones sexuales. Su papel bienhechor es pues bastante limitado. Y el verdadero remedio no consiste en tratar de adaptar el hombre al "principio de realidad" del mundo actual, sino en cambiar este mundo.

9 — *Kinsey emprende el ataque contra los puritanos*

Kinsey hace gala de un poco más de coraje y no se anda con rodeos cuando se decide a hacer frente a la trilogía del puritanismo. La Iglesia, la Familia y la Escuela, afirma, son las fuentes principales de las inhibiciones sexuales, de la repulsión que inspiran todos los aspectos de la sexualidad, de los sentimientos de miedo y de culpabilidad que son su consecuencia. Y como no se atreve a llevar más lejos su denuncia contra la Iglesia y la familia, deriva su indignación... contra los educadores. Se pregunta si es razonable confiar la formación de la juventud a hombres que pertenecen a la categoría más impotente del punto de vista sexual o a mujeres frustradas o frígidas. Luego dirige su ataque contra los juristas y destaca que las leyes encargadas de defender la propiedad y las personas deberían ser suficientes para castigar los delincuentes sexuales cuando éstos causen en alguna ocasión daños materiales. Pero el solo hecho de que existan leyes antisexuales distintas de las que tienen a su cargo la defensa del "orden social", prueba que su objetivo es diferente. Como también

lo prueba el hecho de que las penalidades antisexuales sean a menudo mucho más severas que las contenidas en otros códigos penales. ¿Cuál es entonces el objetivo específico de las leyes antisexuales en particular? La defensa de la tradición, responde Kinsey. Pero su respuesta suena a hueco. La oposición que inventa entre las dos clases de leyes es ficticia. En realidad, tanto las unas como las otras tienen por objeto mantener el orden existente. Sería necesario abrogar no solamente ciertas leyes antisexuales consideradas por Kinsey como absurdas y anacrónicas, sino todo el arsenal legislativo de la sociedad patriarcal burguesa.

10 — *¿Hace progresos la libertad sexual?*

Dado que la obra de Kinsey está, sobre todo, orientada biológicamente y que hay en él una tendencia a creer en un cierto estatismo en los comportamientos, se le escapa en cierta medida la evolución dialéctica de la sociedad, lo que lo inclina a subestimar un poco la rapidez con que, en nuestros días, los seres humanos marchan hacia su liberación sexual. Por otra parte, habiendo hecho hincapié (con razón) en la agravación reciente del puritanismo antisexual, no percibe con claridad las victorias logradas por la libertad sexual sobre un adversario que, en efecto, no ceja en su resistencia. No está de acuerdo en que los tipos

de comportamiento sexual se hayan modificado profundamente en el curso de la última o las dos últimas generaciones y duda, al menos en el primer volumen (con una meritoria modestia), que incluso análisis científicos como los realizados por él puedan cambiar rápidamente comportamientos tan enraizados. (En el volumen II, admite que las obras de Havelock Ellis y de Freud han tenido una profunda influencia en el período que medió entre las dos guerras mundiales.) En lo que concierne al sexo masculino, dice en el volumen I, sólo pudo ver indicios de pequeños cambios, en el curso de los últimos veintidós años, concernientes a detalles insignificantes no relacionados con las actividades fundamentales. Sin embargo, si se observa con más atención, las cifras que él aporta dicen algo muy distinto. Indican un apreciable aumento de las actividades heterosexuales totales y preconyugales entre los jóvenes del nivel de educación "inferior" y si, entre los de nivel "superior", el aumento es menos sensible, es de cualquier forma notable, y se acompaña de un retroceso casi igual de la homosexualidad.

Por otra parte, estos datos se ven confirmados en el volumen II, en el que Kinsey se muestra mucho más optimista. Es cierto que se trata esta vez del sexo femenino, pero los progresos realizados por este último implican, en una cierta medida, progresos paralelos realizados por el otro sexo. Dice el autor en efecto que, si se extienden las observaciones a las últimas generaciones, se ve pronunciarse nítidamente

la declinación de la frigidez femenina y la participación más activa de la mujer en el coito. El hecho de que la frigidez haya sido reducida a este punto en el curso de cuatro décadas es un resultado considerable que debe ser atribuído, dice, por una parte a las actitudes más francas y a las discusiones más libres que comenzaron a tener lugar en los Estados Unidos sobre las cuestiones sexuales en los últimos veinte años, y también a la mayor comprensión científica y clínica de la biología y psicología fundamentales de la sexualidad. Puede comprobarse igualmente en las últimas generaciones una declinación marcada del número de mujeres que esperan hasta el matrimonio para tener la experiencia del orgasmo. Estos progresos son debidos también a una correspondiente evolución de los varones que, en las últimas generaciones, muestran una mayor preocupación que sus mayores por el placer de sus compañeras. O el pensamiento de Kinsey que ha evolucionado desde su primer volumen hasta el segundo, o es necesario suponer que la transformación de las costumbres es mucho más rápida en la mujer que en el hombre, por el hecho de que la mujer, trabada por la cadena milenaria del patriarcado, tenía un atraso mucho mayor que salvar. Las dos interpretaciones deben probablemente superponerse, pero la prioridad corresponde sin duda a la segunda. Nuestra era es la de la emancipación histórica de la mujer.

Kinsey concuerda en que la liberación de la mujer norteamericana, y especialmente de la mujer soltera,

está en marcha. Esta evolución, dice, ha sido apresurada por la guerra. La conscripción ha hecho vivir junto a millones de hombres de los más diversos orígenes sociales y los ha hecho entrar en contacto con costumbres de países extranjeros. De regreso a sus hogares finalizadas las hostilidades, procedieron a una revaluación de la moral tradicional. Pero nuestro autor parece sugerir que fueron los varones los que tomaron la iniciativa en la transformación, y omite destacar que el factor esencial de esta liberación ha sido la conquista de la independencia económica por las mujeres. Debido a la ausencia de los movilizados y a la extraordinaria expansión de la producción, millones de mujeres se incorporaron a las fábricas de armamentos y a las oficinas. La libertad que acababan de adquirir en el plano económico las incitó a reivindicar y a conquistar derechos en el plano sexual.

Esta rebelión de la mujer no ha sido ni plenamente consciente, ni organizada, ni ruidosa. Pero afectó a millones de criaturas, y a pesar de haberse operado en la intimidad de cada Eva norteamericana, tomó el aspecto de un movimiento de masas. Por otra parte, está lejos de haber terminado, dado que la sociedad patriarcal burguesa trata de contenerla agravando sus prohibiciones y multiplicando sus campañas de terrorismo antisexual, al mismo tiempo que colma de injurias a los sabios honestos, tales como Kinsey, que se han puesto a su servicio, sin medir todo el alcance revolucionario de su actitud. La victoria final aún no ha sido alcanzada, contrariamente a lo que cree el

racionalista René Guyon, demasiado inclinado a tomar sus deseos por realidades. Pero brilla en el horizonte. La liberación de la mujer, la liberación sexual, están ligadas a otra liberación, la de la sociedad en su totalidad. Y, en la espera, la batalla continúa.[77]

[77] El mismo hecho de estar oprimida por partida doble, víctima del patriarcado y de las clases dominantes, explica la combatividad de la mujer en período revolucionario. El periodista norteamericano Jack Belden ha descripto en *La Chine ébranle le monde* (traducción francesa, 1951) cómo las mujeres chinas, al mismo tiempo que castigaban a sus antiguos señores, se han tomado una particular revancha con su amo conyugal. De la misma forma Richard Wright, en *Black Power* (1954), observa que las mujeres de la Costa del Oro, aún sometidas a la esclavitud matrimonial más abyecta, se entregan a la causa de la independencia nacional con más ardor que ninguno (p. 103).

Me quedan por señalar algunas de las limitaciones y lagunas del pensamiento de Kinsey.

Nuestro autor adopta la actitud de un sabio y no de un moralista. Considera que su tarea es sólo comprobar y no juzgar. Se limita, dice, a acumular una masa de hechos sobre la sexualidad, evitando estrictamente toda interpretación social o moral sobre los mismos. Su estudio es, ante todo, una descripción de lo que hacen los hombres y no de lo que deberían hacer.

Sin embargo, en numerosas oportunidades, como lo hemos visto, Kinsey no vacila en abandonar esta pretendida "objetividad" y en tomar posición. Defiende a menudo con ardor, las víctimas de los tabúes sexuales y ataca, frecuentemente sin miramientos, a los que los perpetúan.

Pero su ofensiva contra el puritanismo no es siempre tan valerosa, ni tan clarividente, ni tan consecuente. En particular, cada vez que tiene pretensiones de remontarse a los orígenes de las sociedades humanas,

su información es insuficiente o está influída por las teorías reaccionarias que tratan del origen del hombre; y sus falaces premisas debilitan sus conclusiones respecto al presente o al porvenir.

Es así que, aún cuando considera la promiscuidad como *natural,* no hace mención de las hipótesis según las cuales la especie humana habría practicado, en sus orígenes ciertas formas de promiscuidad. Admite, es cierto, que numerosos grupos religiosos primitivos han exaltado la belleza y el carácter sagrado de toda actividad sexual y que ciertas civilizaciones otorgan una libertad considerable tanto a la mujer como al hombre en las relaciones no conyugales, pero escribe que, en ninguna sociedad, en cualquier parte del mundo, parece haber habido una aceptación seria de la libertad sexual completa. Esta afirmación es evidentemente un poco gratuita y "orientada", destinada visiblemente a tranquilizar a sus lectores puritanos.

Acerca del origen de los tabúes sexuales (no menciona ni el tabú de la sangre menstrual ni la exogamia), es más bien evasivo. Sugiere que sería útil examinar este problema pero no hace más que rozarlo, y no trata seriamente de encontrar la explicación de lo que René Guyon denomina un "misterio sociológico". En ocasiones piensa que estos tabúes fueron el fruto de la "superstición" y de la "ignorancia", y en otras sugiere que fueron el resultado de un cálculo y que expresaron el *interés* que tenía la sociedad en controlar el comportamiento sexual de los hombres. Pero no trata de averiguar cuál pudo haber sido este

"interés"; y no se pregunta si las prohibiciones sexuales habrían cristalizado juntamente con la diferenciación de la sociedad en clases y si los pródromos de la moral antisexual no habrían coincidido con la formación de minorías privilegiadas (magos o sacerdotes, ancianos, jefes) quienes, arrogándose el poder económico y político habrían impuesto sus prohibiciones a los otros miembros del grupo social, con el pretexto de servir a los intereses de la comunidad entera, pero en realidad, *con el objeto de afirmar y consolidar su propio poder.*[78]

En lo que se refiere a la esclavización de la mujer por el hombre, lo atribuye a la filiación animal del hombre *y no al advenimiento del patriarcado.* Traza paralelos demasiado rigurosos entre el comportamiento de los mamíferos y la especie humana, y pretende que los comportamientos humanos son producto en mayor grado de factores biológicos que de desarrollos culturales. Si, por ejemplo, el hombre, desde los albores de la historia se opone al coito extraconyugal de su mujer mientras él busca las mujeres de otros hombres, y si las esposas admiten las actividades no matrimoniales de su marido con más facilidad que la que éste acepta la recíproca, se debe a que esta moral del "doble standard" sería una reliquia del mundo animal (mientras que es, en realidad, uno de los productos más detestables del patriarcado).

Y Kinsey se apresura, como Freud,[79] a adoptar la

[78] Cf. Wilhelm Reich, *Der Einbruch der Sexualmoral,* cit., p. 131.
[79] *Totem y Tabú.*

aventurada hipótesis desarrollada por ciertos discípulos de Darwin [80] que imaginan, en el comienzo de los tiempos, a hordas de hominidos dominados por un único macho que se arrogaba derechos sexuales sobre todas las hembras de la horda, y que intentaba impedir a los otros machos el acceso a éstas, considerándolas como propiedades que él adquiría, conservaba y defendía gracias a su fuerza y a su agresividad físicas.

Nuestro autor no considera la posibilidad de que los celos pueden haber nacido con la disolución del comunismo primitivo (tanto económico como sexual) y la aparición de la propiedad privada y del patriarcado. Si el macho humano reacciona tan violentamente cuando su hembra lo engaña, se debe, dice, a que es un auténtico mamífero.

Admite sin duda que las tradiciones culturales pueden haber desempeñado *también* un papel en el comportamiento del macho humano, pero sus celos serían tan estrechamente idénticos a los de las especies animales subhumanas que es forzoso, dice, concluir que forman parte de la herencia que le han legado los mamíferos.

Leyendo el Informe, pareciera que su autor (como por otra parte ocurre con Freud) considera el patriarcado como una institución eterna que ha existido desde el origen de los tiempos y que responde a necesidades fundamentales de orden biológico. A pe-

[80] Atkinson (J. J.), *Primal Law*, 1903.

sar de hacerlo figurar en su bibliografía, ignora deliberadamente el admirable libro de Robert Briffault, *The Mothers*, que aporta confirmaciones tan impresionantes en apoyo de la hipótesis de que las sociedades humanas han comenzado por una cierta forma de "matriarcado".[81] La independencia de la que ha gozado la mujer primitiva y la influencia que ha ejercido serían inconcebibles en el caso en que los machos hubieran comenzado siendo, como tenemos el hábito de imaginarlos, omnipotentes y dominadores. Si el bruto masculino hubiese sido verdaderamente el amo supremo de los grupos humanos más primitivos, como lo pretenden los sucesores de Darwin, y si la mujer hubiese sido considerada en ellos como mercancía y esclava, no se ve bien cómo este estado de cosas podría haberse modificado luego completamente. Briffault admite sin duda que pudieron existir hordas, grupos específicamente masculinos, productos efímeros del impulso sexual del macho, pero que estos grupos no pudieron constituir una asociación durable. La mayoría de los animales no permanecen al lado de la hembra luego del acto sexual. El macho no participa en nada en la formación y en la conservación de la familia animal. La única asociación durable es la familia maternal, la familia animal es matriarcal. La familia humana ha sido, en su origen, maternal y matriarcal.

Pero Kinsey escamotea pura y simplemente esta

[81] *The Mothers*, cit.

consistente hipótesis. Y llega incluso a negar, en oposición a Malinovsky,[82] y contra toda evidencia, que las razas más primitivas hayan ignorado el papel del padre en la reproducción de la especie.

Para él, la esclavitud de la mujer habría existido en forma continua desde los albores de la humanidad hasta una fecha reciente. Parece que no escuchó jamás hablar de la "gran derrota histórica del sexo femenino" que habría constituído, según Engels, la victoria del patriarcado sobre el matriarcado.[83]

Sin embargo, Kinsey se vuelve un poco más lúcido cuando afirma que en los antiguos códigos patriarcales (babilonios, ititas, asirios, judíos), la actividad sexual no conyugal de la mujer era proscripta, ante todo porque ella habría afectado los *derechos de propiedad* del hombre sobre la mujer. La mujer debía ser virgen en el momento del matrimonio, dice, de la misma forma como el ganado o las otras mercancías debían ser puestos en venta en un perfecto estado.

También entrevé el papel histórico del patriarcado cuando hace notar que la posición de la mujer en relación al hombre en el coito no ha sido siempre la que admitimos hoy. En las civilizaciones más arcaicas (¿matriarcales?) la mujer estaba situada por encima,

[82] Malinovsky (Bronislas), *La Vie sexuelle des sauvages du Nord-Ouest de la Mélanésie*, traducción francesa, 1930.

[83] Op. cit., p. 53. Sobre este punto no me es posible estar completamente de acuerdo con Simone de Beauvoir (op. cit.), quien a veces rechaza explícitamente la tesis de Lewis Morgan completada por Engels, y que otras la hace suya (pero sin indicar en ningún momento su origen).

y no por debajo, del hombre. Pero hoy, dice, esta posición es reprobada, porque tendería a feminizar al hombre al mismo tiempo que conferiría a la mujer una autoridad masculina. De tal forma el hombre perdería su virilidad y, en consecuencia, el poder necesario para la buena marcha de la familia. Y Kinsey concluye que la adopción de la posición en la cual el hombre tiene el "papel principal" es el producto de un *desarrollo cultural* más bien que de un fenómeno biológico.[84] ¿No constituye esto una admisión implícita del lazo que existe entre esta actitud y el patriarcado, y no es también reconocer que éste no es una categoría eterna sino solamente una fase de la evolución humana?

En lo que concierne a la familia, es lamentable tener que comprobar que Kinsey adopta las teorías y los prejuicios más reaccionarios. Los sociólogos y los antropólogos, dice, consideran generalmente que la familia es la base de la sociedad humana. En todos lados, en el mundo, el hogar ha sido reconocido como la unidad básica de la organización social. Y nuestro autor enumera complacientemente las ventajas que ha traído a la sociedad la perpetuación de la familia. Pero parece ignorar que otros sociólogos y otros antropólogos, comenzando por su ilustre compatriota Lewis Morgan, han dado, desde hace largo tiempo,

[84] Es posible, sin embargo, que la mujer primitiva haya preferido esta posición por razones de orden no solamente social, sino también anatómico: porque le procuraba una penetración más profunda del miembro viril. Y es sin duda igualmente por esta misma doble razón que la mujer contemporánea liberada pueda adoptarla.

el golpe de gracia al mito según el cual la familia monogámica y patriarcal sería la forma de organización social más primitiva. Parece que no ha escuchado jamás decir que la unidad básica original, no es la familia, sino el clan y que, lejos de ser una forma primitiva de organización, la familia es por el contrario, un producto más bien tardío de la evolución humana.[85]

Y mientras oscurece de tal forma la prehistoria de la familia, Kinsey se guarda igualmente de hacer la crítica de la familia burguesa moderna. Se abstiene de admitir, con Erich Fromm, que esta familia es "el agente psicológico de la sociedad" [86] o con Wilhelm Reich que es la "usina ideológica" más importante al servicio del orden existente. Reich acota que ésa es la razón esencial por la cual todos los políticos, sociólogos y sexólogos de la burguesía son celosos defensores de la familia.[87] Kinsey no es una excepción a esta regla.

Puede notarse la misma timidez en lo que concierne al matrimonio. Kinsey sostiene que la monogamia no es natural, comprueba que los matrimonios de larga duración hacen perder todo sabor al acto sexual y no se muestra sorprendido de que los hombres de cierta edad, aun si sus facultades sexuales están intactas, llegan a desinteresarse de la actividad conyugal.

[85] Lewis H. Morgan, *La Sociedad Primitiva,* 1877.

[86] Erich Fromm, *El temor a la libertad.*

[87] Wilhelm Reich, *La Crise sexuelle,* cit.; del mismo, *Der Einbruch der Sexualmoral,* cit.

Pero, luego de haber hecho esta observación relativamente audaz, se abstiene de someter la institución del matrimonio a un análisis crítico. Lejos de querer levantar las pesadas cadenas, se jacta, por el contrario, de consolidarlas. Aconseja, como se ha visto, a los futuros consortes de hacer el amor y masturbarse *antes* de atarse en el matrimonio, a fin de mejorar su técnica amorosa y de hacer su prisión común más habitable. Tal como ocurre entre los moralistas puritanos, su ideal supremo es la felicidad conyugal monogámica. Y exige a sus colaboradores en la encuesta que sean *felices en su vida familiar.*[88]

La misma falta se observa en lo que concierne a las iglesias cristianas. Sin duda, Kinsey les lanza algunas flechas bastante punzantes, para finalmente tratarlas con consideración. Antes de ir más lejos en la transformación del comportamiento sexual, sugiere que la re-

88 Es quizás preferible que un sabio dedicado al estudio de la sexualidad de sus semejantes haya adquirido para sí una cierta *serenidad sexual.* A esta misma razón se debe que los psicoanalistas deban obligatoriamente analizarse antes de penetrar en el alma de sus pacientes. Pero es un poco ridículo pretender, como lo hace Kinsey, que esta serenidad sólo pueda ser alcanzada en la institución del matrimonio; y, por otra parte, podría objetarse que una vida sexual demasiado bien reglada limita las perspectivas de su beneficiario. Satisfecho con la forma de satisfacción sexual que ha elegido, o con el objeto único que ha adoptado, tiene quizás menos experiencia de la sexualidad en general y es menos curioso por conocer su infinito polimorfismo, menos interesado finalmente en combatir los tabúes que no le son personalmente intolerables. Cabe preguntarse si la condición impuesta por Kinsey a sus colaboradores no es sobre todo una concesión hecha al puritanismo, un subterfugio destinado a tranquilizarlo. Lo mismo puede decirse de la publicidad de la prensa norteamericana que presenta a Kinsey como buen esposo, buen padre de familia en un hogar radiante.

ligión deberá primeramente cambiar la forma de pensar de las clases sociales y que éste es un trabajo de largo aliento. ¡Singular idea, en verdad, la de confiar el cuidado de reformar las costumbres a aquellos mismos que, según Kinsey, son los responsables de nuestra sumisión a tabúes milenarios! [89]

El marco del presente estudio me impide extenderme más sobre las limitaciones del pensamiento de Kinsey. Para responderle en forma valedera, me sería necesario exponer en detalle una hipótesis sobre la evolución de la sexualidad y de la familia opuesta a la suya. Trataré de hacerlo más adelante, en una obra de sociología sexual actualmente en preparación.

Quisiera, para concluir, y a pesar de las reservas formuladas, rendir homenaje a la probidad intelectual del autor y al coraje con que reivindica bien alto el derecho de libre investigación para el sabio. Invocando los manes de investigadores tales como Kepler, Copérnico, Galileo, cuyas obras fueron puestas en el *index* en su tiempo, Kinsey ha escrito que existe una honestidad científica que se niega a inclinarse ante la idea de que existen aspectos del universo material que sería preferible no estudiar, o no conocer, o cuyo conocimiento no debería ser puesto a disposición de todo hombre. Y denuncia a los que creen que sería mejor ignorar la existencia de la función sexual, no tratar

[89] Ver apéndice Nº 3, sobre la Iglesia y la carne.

de comprender su origen material, y ensanchar aún más el abismo creado entre *la moral* y *las costumbres* reforzando el arsenal de leyes, de castigos y de intolerancias. El sabio que observa y describe la realidad es atacado, dice, como un enemigo de la fe y su actitud condenada como materialismo científico. Pero a pesar de estas resistencias, Kinsey sigue persuadido de que un conocimiento más exacto de la sexualidad contribuirá por fin a conciliar la naturaleza sexual del hombre con las necesidades de la organización sexual. Conclusión ciertamente insuficiente, dado que no destaca la relación que existe entre el terrorismo antisexual y nuestra organización sexual *actual*, patriarcal y burguesa, pero conclusión audaz sin embargo, que hace honor a los Estados Unidos progresistas y liberales que no ha vacilado en dotar a Kinsey de los medios materiales de los que tenía necesidad para llevar a buen término su vasta encuesta.

Apéndices

APÉNDICE Nº 1

A propósito de

El amor y el Occidente

por DENIS DE ROUGEMONT

Habiendo citado este libro, quisiera agregar que rara vez un escritor ha esquivado su tema y ha decepcionado la expectativa de su lector en la misma forma como lo ha hecho Denis de Rougemont. Este autor había abordado un gran tema, y las primeras páginas de su trabajo permitían esperar que habría de aclararlo plenamente. Pero la lucidez de este católico se perdió rápidamente en las tinieblas de un idealismo místico. Analiza admirablemente la dualidad de nuestra educación burguesa, por un lado, cristiana y basada en el dogma intangible del matrimonio, por el otro sentimental y romántica y sugiriendo, de mil formas, que el objetivo supremo de la existencia es experimentar los tormentos del "amor-pasión". Nuestro autor hace una descripción válida de este último fenómeno, cuyo nacimiento hace remontar al siglo XII. Y, preguntándose con una loable curiosidad, de dónde puede provenir el gusto singular por la desgracia y el sufrimiento, la extraña predilección por aquello que im-

pide la unión de los amantes, por lo que hace su felicidad imposible, temas en los que se complace, por ejemplo, la leyenda de Tristán e Isolda, roza por un instante la verdad. Entrevé que el "amor-pasión" ha sido el "contragolpe" de la doctrina cristiana del matrimonio; siendo la fidelidad conyugal insoportable para el hombre natural, éste la ha "compensado" con la exaltación de una cierta forma de adulterio. Pero, para que la moral cristiana tuviese la última palabra, fué necesario que esta violación de sus reglas estuviese revestida de un carácter trágico. Sin embargo, Denis de Rougemont no desarrolla esta fecunda explicación (que, mucho antes que él, Gastón Paris había propuesto en sus *Poèmes et Légendes du Moyen Age*, 1900, p. 177-178), sino que, por el contrario, la ahuyenta tan pronto como la ha encontrado. No tiene más que injurias y sarcasmos por los materialistas "groseros", del género de Stendhal, que quieren explicar el "amor-pasión" sería el subproducto, según dicha hihunde finalmente en una extravagante hipótesis mística (que disculpa demasiado bien a la Iglesia). El "amor-pasión" sería el sub-producto, según dicha hipótesis, no ya de la moral cristiana antinatural, sino de una "herejía", el maniqueísmo, ¡resucitado en el siglo XII bajo la forma del cisma "catarista" o "albigense"! Henos aquí habiendo retrocedido buena parte del camino recorrido, al término de este libro desilusionante.

APÉNDICE Nº 2

La persecución de los homosexuales en Francia

Los redactores del Código Penal Francés de 1810, impregnados aún de respeto por los "derechos del hombre", se habían abstenido de penar la homosexualidad. Fué necesario el retorno ofensivo del clericalismo, con Petain y de Gaulle, para que esta tradición de tolerancia que hacía honor a nuestro país, y que nos envidiaban los liberales extranjeros, sea dejada de lado. El 6 de agosto de 1942, el "Mariscal de Francia, jefe del Estado Francés" decretaba: "*Será castigado con prisión de seis meses a tres años y con una multa de 200 a 60.000 francos . . . quien haya . . . para satisfacer sus propias pasiones, cometido uno o varios actos impúdicos o contra natura con un menor de su sexo de menos de veintiún años*". Y, luego de la Liberación, el 8 de febrero de 1945, el gobierno provisional de la República ratificó este texto con una simple modificación de redacción: "*Será castigado con prisión de seis meses a tres años y con una multa de 1.000 a 250.000 francos quien haya cometido un acto impúdico o contra natura con un individuo de su*

sexo menor de veintiún años". De tal forma, por primera vez desde 1810, el comercio con un individuo del mismo sexo era mencionado en nuestro Código Penal, definido como un acto "contra natura" y condenado como tal.[90] Al mismo tiempo que la represión de ciertos delitos sexuales practicados con menores era considerablemente reforzado. La ley del 28 de junio de 1945 llevaba de dieciséis a dieciocho años la edad por debajo de la cual la "sustracción" de una menor operada con el consentimiento de ésta es penada, *y extendía el "delito" a los menores del sexo masculino,* al mismo tiempo que lo hacía pasible de una pena de dos a cinco años de prisión. La ordenanza del 2 de julio de 1945 elevaba de trece a quince años la edad por debajo de la cual es susceptible de ser penado con reclusión el "atentado al pudor" consumado sin violencia, sobre un menor de uno u otro sexo.

En cuanto a nuestros militares, persiguen el acto "contra natura" sea cometido o no con menores, con mayor convicción aún que nuestros civiles. En la ma-

90 Artículo 331, apartado 3. Podría objetarse que el castigo de la homosexualidad es parcial ya que no hay "delito" si el menor tiene más de 21 años. Pero según Kinsey la capacidad sexual del varón alcanza su apogeo mucho antes y, por otra parte, Moll considera, de acuerdo con una estadística basada en el estudio de 500 casos, que el 70 por ciento de los homosexuales prefieren hombres que no hayan alcanzado la edad adulta (Krafft-Ebing y Moll, *Psychopathia sexualis,* traducción francesa, p. 730). Este límite de edad es pues mucho más prohibitivo de lo que aparenta a primera vista. De hecho, transforma en "delito" un amplio porcentaje de las relaciones homosexuales y, si bien no logra siempre prevenirlas, incita al chantaje a los que no han alcanzado el fatídico límite de edad.

rina, la homosexualidad es designada por el eufemismo "falta contra la moral" (una "moral" que no se encuentra definida en ninguna parte) y, según si la "falta" en cuestión es juzgada (¿en virtud de qué criterio?) "grave" o "muy grave", es castigada con un máximo de treinta a sesenta días de cárcel. (Decreto del 26 de noviembre de 1937, artículos 33 y 41; resolución del 13 de enero de 1938, penas Nos. 263-264.) En el ejército de tierra, se es todavía más hipócrita. No se habla siquiera en el reglamento de faltas de "falta contra la moral", pero se autoriza con rúbricas elásticas como "falta de respeto a las leyes" u "olvido de la dignidad profesional", a sancionar disciplinariamente la homosexualidad hasta un máximo de sesenta días de prisión reglamentaria. (Decreto del 1º de abril de 1933, Disciplina general, artículos 38 y 46.) Tanto en el ejército como en la marina, los que reinciden en actos homosexuales pueden ser enviados por un largo período a las terribles "secciones especiales" con el pretexto de que "con su mala conducta", "afectan la disciplina y constituyen un peligro para el valor moral" de su unidad. (Decreto del 26 de noviembre de 1937, artículo 68; Decreto del 1º de abril de 1933, artículo 49.) Cuando se trata de oficiales, se ejerce sobre ellos un verdadero chantaje; se les arranca su dimisión con el fin de evitar un "escándalo" y procedimientos judiciales al término de los cuales, en numerosos casos, hubieran sido absueltos de haber osado afrontarlos. Una personalidad competente que pertenece a las fuerzas armadas me ha con-

fiado que la razón esencial de la severidad con la que se reprime en ellas a la homosexualidad no radica en que la práctica (con mayor frecuencia nocturna) de esta actividad sexual podría afectar la buena marcha del servicio o comprometer la disciplina. El acto "contra natura" es castigado únicamente a causa del tabú que le ha impuesto la sociedad y del pánico que produce la idea de ser acusado (en los rangos superiores o por la "opinión pública") de no haber asegurado su estricta observancia. Ahora bien, para obtener este resultado no se vislumbra más que un medio: infligir penas tan rigurosas que el marino o el soldado vivan en el terror de ser sorprendidos en flagrante delito de sexualidad.

Volviendo a los "civiles", agreguemos que en Francia, de la extrema derecha a la extrema izquierda es práctica corriente entre los políticos, si quieren "demoler" a un adversario, arrojar sombras sobre la ortodoxia de su vida sexual. Cuando uno de nuestros ministros quiso defender su departamento contra la sátira de la que había sido objeto por un novelista exdiplomático, hizo conocer *urbi et urbi* las "costumbres" de su autor, sin ningún miramiento por el secreto profesional. Muy recientemente, el corresponsal de un diario anarquista ha vuelto a usar este procedimiento contra altos funcionarios.

Por otra parte, la policía francesa es indulgente con los tratantes de blancas, cuando no los toma directamente a su servicio, lo que equivale a una persecución indirecta de los homosexuales.

Los militantes revolucionarios no se muestran más tolerantes que los burgueses con respecto a la homosexualidad. Tienen, es cierto, una excusa: desconfían de los homosexuales militantes, pues éstos tienen la reputación de ser vulnerables al chantaje y a las presiones policiales, siendo pues "peligrosos" para el movimiento que reviste, a sus ojos, más valor que el respeto a la persona humana. Pero no se dan cuenta que su misma intolerancia contribuye a mantener el estado de cosas que provoca su alarma: al arrojar, ellos también, la piedra a los homosexuales, ayudan a consolidar el tabú por cuya razón los invertidos son presas fáciles para los explotadores y la policía. El círculo vicioso sólo será roto el día en que los obreros progresistas adopten frente a la sexualidad una actitud a la vez científica y humana. Una última palabra. La homosexualidad es quizás menos estigmatizada en Francia que en otros países, pero en cambio es más ridiculizada (lo único que, en nuestro país, tiene la reputación de ser fatal). A esto se debe que nuestros muchachos teman de tal forma comprometerse, exponiéndose a tal sospecha, las satisfacciones del amor propio que les depara su "virilidad". El snobismo de la homosexualidad, contrariamente a lo que pudiera creerse, sólo hace estragos en minúsculos círculos artísticos. Aun en Saint-Germain-des-Prés, esta forma de amor teme manifestarse públicamente.

APÉNDICE Nº 3

La iglesia y la carne

Ha causado sorpresa y pena ver como un autor tan audaz como el doctor Hesnard, concluye su *Morale sans péché* con conceptos destinados a "tranquilizar a los adeptos religiosos de la moral del pecado". Después de haber asestado rudos golpes a esta moral, el autor asegura que no tiene en ninguna forma la intención de ponerla en tela de juicio y parece otorgar su confianza al cristianismo para no volverse a perder "en las negras trampas de las maldiciones de la carne" que sólo serían, según él, una de sus fases.

Es cierto que la Iglesia parece querer anexarse en la actualidad, o, como ella dice, "divinizar" la sexualidad que durante tanto tiempo ha negado y reprimido (al mismo tiempo que parece querer anexarse el socialismo después de haberlo vituperado y combatido durante tanto tiempo). Un ministro protestante norteamericano, amparándose en el Informe Kinsey, escribió a propósito de él que "la sexualidad es un don de Dios" (Frederick C. Kuether, B. D., en *About*

the Kinsey Report, cit., p. 42). De igual manera, un escritor católico francés pretende que Simone de Beauvoir ha enunciado un "error masivo" al afirmar que la religión maldice la carne. Si todavía muchos círculos cristianos experimentan un "real pánico" con respecto a la sexualidad, esta "extraña deformación" sería debida, según él, a la influencia del jansenismo (Marc Oraison, *Vie chrétienne et problèmes de la sexualité*, 1952, p. 48, 50). ¡La "herejía" tiene verdaderamente un buen respaldo! Pero el autor concluye finalmente que los comportamientos sexuales distintos de los autorizados por el dogma son sólo manifestaciones del "Mal".

Ruego al lector me permita traer a colación un testimonio personal. En ocasión de encontrarme con uno de nuestros prelados más jóvenes y más escuchados en Roma, que da la casualidad de haber sido mi camarada de regimiento, me permití preguntarle si la Iglesia no tomaría algún día sobre la cuestión sexual una actitud un poco más liberal de la que está en vías de adoptar sobre la cuestión social, para no aislarse de las masas. La respuesta de mi interlocutor fué tajante: "*¡Jamás, jamás! ¡Estamos aquí en el terreno del dogma y en mil años no nos habremos movido un ápice!*".

SUMARIO

	Pág.
I.—INTRODUCCIÓN	9
II.—ESBOZO DE UNA TEORÍA DE LA SEXUALIDAD	35
1) Precocidad de la sexualidad	37
2) Fuerza de la sexualidad	38
3) Necesidad de variedad y de cambio	40
4) La capacidad sexual varía de cero al infinito	41
5) La sexualidad es polimorfa	44
6) Frecuencia de la homosexualidad	46
7) Lagunas de la teoría mecánica	52
III.—¿REACCIONAN EN FORMA DISTINTA EL HOMBRE Y LA MUJER?	63
1) Identidad del hombre y la mujer	65
2) ¿Goza la mujer con más lentitud?	66
3) En la mujer la sexualidad es menos precoz pero dura más tiempo	67
4) El hombre tiene más necesidad de variación que la mujer	69
5) La sexualidad del hombre depende en mayor grado de la imaginación	70
6) La sexualidad femenina se concentra menos en los órganos genitales	72
7) Repercusiones sobre el comportamiento homosexual	73
8) ¿A qué se deben estas diferencias entre la sexualidad masculina y femenina?	75
IV.—LA SEXUALIDAD SEGÚN LAS CAPAS SOCIALES	83
V.—KINSEY ENJUICIA AL PURITANISMO	91
1) La sexualidad en conflicto con los tabúes	93
2) El drama de la adolescencia	99
3) El drama de la mujer frígida	102
4) El drama de la escisión entre la ternura y el deseo	105
5) El drama de la vejez	107
6) El drama de los quasimodos	108
7) El drama de la homosexualidad	109
8) El drama de la represión y de la culpabilidad	117
9) Kinsey emprende el ataque contra los puritanos	120
10) ¿Hace progresos la libertad sexual?	121
VI.—LOS LÍMITES DE KINSEY	127
APÉNDICES	141
Apéndice Nº 1. A propósito de *El Amor y el Occidente*, por Denis de Rougemont	143
Apéndice Nº 2. La persecución de los homosexuales en Francia	147
Apéndice Nº 3. La Iglesia y la carne	155

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL 7 DE NOVIEMBRE
DE 1956, EN MACLAND, S. R. L.
CORDOBA 3965, BUENOS AIRES